

Autor de bestsellers de *USA Today*

AMY SANDAS

*Un maestro de la seducción..
una novata en el amor*

Peligroso

~ Serie Rufianes Reformados ~

Peligroso
Rufianes Reformados

Amy Sandas

Contenido

[Página del título](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

Londres, 1822

Al final de la tarde de un día muy parecido a cualquier otro triste día londinense, cuatro jóvenes y apuestos caballeros se reunieron en el salón privado más exclusivo del que disponían los huéspedes de la Casa de Placer de Pendragon.

Cada uno procedía de una larga y distinguida línea de riqueza y privilegio. Y, como hacen muchos jóvenes salvajes y temerarios cuando poseen un obscuro exceso de riqueza y poca responsabilidad, se habían familiarizado con el libertinaje, el hedonismo y todos los placeres terrenales que podían descubrir o inventar.

Por eso, gastarse casi una fortuna para reservar una lujosa habitación privada en un burdel de élite no era algo fuera de lo común. Lo que no era común, sin embargo, era el hecho de que aquella tarde los jóvenes rastrilladores no estaban allí para entregarse a los infames placeres que Pendragon les ofrecía. De hecho, los hombres habían indicado expresamente que no deseaban ser molestados.

Era una petición inusual para una casa que contaba con algunas de las más talentosas y tentadoras acompañantes de todo Londres, pero Pendragon sabía bien cómo complacer a sus invitados por muy inesperadas que fueran sus necesidades. Así pues, los ricos y jóvenes señores se quedaron con una baraja de cartas sin abrir, una caja de puros finos y un par de botellas del mejor brandy francés disponible.

Era probable que buscaran más comodidades y distracciones más adelante, pero por el momento, preferían el tipo de conmiseración melancólica que sólo se podía tener entre amigos íntimos.

No era momento para juergas.

Los caballeros estaban de luto.

El líder de facto de su grupo y heredero de un ducado sacudió su leonada cabeza. Un ceño fruncido manchaba sus elegantes cejas mientras observaba con no poca incredulidad: «No puedo creerlo. ¿Cómo pudo ocurrirle una tragedia así a semejante hombre?».

«Posiblemente andaba escaso de fondos», sugirió el hombre a su izquierda con un ligero acento italiano mientras se recostaba en su silla con gracia felina. «La necesidad de dinero puede ser una carga terrible».

Un murmullo de consideración pasó entre ellos ante la idea antes de que otro de ellos -este el hijo de un conde- se adelantara para apuntar en tono grave: «Hay rumores de que fue un encuentro amoroso».

Más de uno se estremeció.

Todos habían oído hablar de ello en la ciudad. Ninguno de ellos lo creía realmente, pero las palabras seguían provocando un sutil terror. Entonces, el cuarto hombre, un marqués de nuevo cuño, emitió un áspero sonido de burla y todos se relajaron con una carcajada incómoda que se desvaneció rápidamente.

Tras un momento de pesado silencio, el hijo de un duque se enderezó en su silla y levantó su copa. «Un brindis». Hizo una pausa mientras los demás seguían su ejemplo y alzaban sus copas. «Por el vizconde Neville, el pícaro y libertino más consumado que jamás haya merodeado por los salones de baile y burdeles de Londres».

«Que encuentre alguna... gratificación en su nuevo papel de noble esposo.»

«Y que nunca, *nunca* nos sintamos obligados a unirnos a sus filas.»

«Oído, oído», afirmaron todos al unísono antes de levantar sus copas..

Capítulo Uno

Seis Años y Seis Meses Más Tarde

El Conde Leander Vittori llevaba menos de un día en Staffordshire y ya se cuestionaba su cordura al abandonar Londres. Había esperado pintorescas escenas pastorales, ovejas balando, colinas ondulantes con flores silvestres y cosas por el estilo. En cambio, los páramos de Staffordshire eran un lugar salvaje e incivilizado, con ventiscas que se arremolinaban temerariamente sobre colinas, riscos y rocas como para golpear a un hombre en la cara, una y otra vez.

Jamás debió haber solicitado una ruta panorámica desde el pueblo local hasta la finca del vizconde de Lyndon. Tal vez esta excursión al campo no fue una gran idea después de todo.

Londinense hasta la médula, Leander nunca había sentido la necesidad de escapar de la gran ciudad en busca de paisajes más tranquilos, ni siquiera durante los incómodos meses de verano. Prefería estar donde sus placeres y depravaciones favoritas pudieran encontrarse a la vuelta de cada esquina.

Sin embargo, tras meses de indulgencia con todo lo pecaminoso y hedonista, desencadenada por la inexplicable conversión de dos amigos íntimos de devotos vividores a fieles esposos, había entrado en un extraño y poco familiar estado de insatisfacción.

Nada era inesperado ni nuevo.

Exceso. Liberación. Todo lo que siempre había deseado era vivir únicamente el momento y que todos y cada uno de los instantes estuvieran llenos de nada más que placer y más placer. La búsqueda de una existencia así le había servido de mucho a lo largo de los años. ¿Qué importaba si la sensación de gratificación nunca duraba, o si la alegría que experimentaba con sus hazañas tendía a ser tan fugaz como un orgasmo, dejándole agotado y vacío por muy intensa que fuera la acumulación?

Con apenas treinta años, lo había hecho y visto todo. Muchas cosas, más de una vez. Y por primera vez desde que llegó a Inglaterra de niño con su madre, Leander se había aburrido de lo que Londres podía ofrecerle. Más que eso, había avanzado hasta el fastidio más absoluto.

El hastío a tal grado podía ser algo peligroso. Especialmente para un hombre como el conde Vittori, que ansiaba la diversión y la distracción como un apetito físico.

Cuando su hermanastra mencionó una próxima fiesta en Staffordshire, Leander decidió que un cambio drástico de escenario podría ser justo lo que necesitaba.

Aunque no era eso lo que tenía en mente.

Cuando una fuerte ráfaga de viento le golpeó la cara, casi deseó regresar a la posada del pueblo. Aunque no era el alojamiento más lujoso, con la atenta compañía de las dos pechugonas hijas del posadero, había pasado la noche calentito. Aunque consiguió mantener a las astutas hermanas en la cama con él hasta bien entrada la tarde, al final tuvieron que levantarse y atender sus obligaciones.

Otra ráfaga de viento con olor a tierra le atravesó el abrigo y reprimió el impulso de maldecir en voz alta el vendaval ofensivo.

El vizconde y la vizcondesa de Lyndon, junto con su séquito de invitados, posiblemente ya habrían llegado a la mansión hacía tiempo, mientras él aún vagaba por los páramos como un lunático.

Detuvo su caballo sobre la cresta de otra escarpada elevación y observó el paisaje en todas direcciones.

Hasta donde alcanzaba la vista, un páramo azotado por el viento.

¿Dónde demonios está la mansión?

Debería haber sabido que las cosas no irían bien cuando las indicaciones que le habían dado nombraban varias rocas y colinas como puntos de referencia. Probablemente sería mejor que volviera a la posada, pero tenía serias dudas de que pudiera encontrar el camino a la aldea en ese momento.

Entonces, surgió una chispa de esperanza.

Sentándose más alto en la silla de montar, entrecerró los ojos contra el viento para centrarse en un pequeño punto en movimiento en la distancia.

Allí estaba de nuevo. Una criatura de color marrón grisáceo saltaba entre la hierba alta.

Por un momento, Leander pensó que podría tratarse de algún tipo de animal peligroso. ¿Quién sabía qué tipo de criatura podría encontrarse en ese paisaje indómito? Sin apartar la vista de su caballo, pronto se le unió otro animal de su especie, un poco más grande pero con el mismo pelaje. No eran lobos, decidió con un suspiro de alivio, sino perros lobo.

Mirando a su alrededor, vio a una chica caminando cerca de los perros.

Leander puso su montura al galope, ansioso por entrar en contacto con algún lugareño que al menos pudiera confirmarle si iba o no en la dirección correcta. Al oírlo acercarse por encima del viento y el crujido de la hierba, la muchacha se detuvo y miró por sobre su hombro, luego se detuvo y esperó a que los dos perros lobos llegaran rápidamente a su lado. Las bestias se colocaron a ambos lados de ella y enseguida apoyaron las ancas en el suelo, con sus cabezas peludas a la altura de sus hombros.

Al acercarse, se sorprendió al ver que la muchacha no era una niña, sino una mujer adulta que observaba su aproximación con mirada firme y ojos oscuros. Su sencillo vestido beige estaba cubierto por un pesado abrigo marrón que le quedaba demasiado grande. Y su cabello castaño claro caía hasta sus caderas en enredos salvajes que se levantaban libremente con el viento. Sus rasgos físicos eran sencillos y poco llamativos: cejas marrones rectas, nariz mediana, barbilla suavemente redondeada y boca suavemente curvada.

Tenía que imaginar que los forasteros no eran habituales de la zona, pero la joven no parecía alarmada por la aparición de un desconocido cabalgando por los páramos.

Hizo que su caballo se detuviera suavemente a varios pasos de distancia. «Hola, signorina», dijo mientras inclinaba la cabeza a modo de saludo.

«Buenos días, señor». Su voz tenía un tono suave y ronco que le hizo pensar en un suave y cálido brandy y provocó una inmediata respuesta sensual en su sangre.

Interesante.

Los gustos sexuales de Leander eran amplios y variados, pero le resultaba un poco sorprendente que aquella criatura semisalvaje despertara su interés con tanta facilidad, cuando todo en Londres había fracasado recientemente. Incluso las hermanas de la posada de la noche anterior habían sido complacidas más por costumbre que por verdadero deseo.

Quizás este viaje a Staffordshire había sido una buena idea después de todo.

Una sonrisa curvó sus labios y su voz bajó a una resonancia más grave cuando preguntó: «¿Sería tan amable de ofrecer una orientación a un viajero?».

«Por supuesto», respondió ella con sencillez.

«¿Conoce Bilberry Hall, residencia del vizconde de Lyndon?».

Inclinó ligeramente la cabeza. «Conozco la mansión».

Un tic de diversión le hizo cosquillas en los labios ante las respuestas poco comunicativas de ella. «Esperaba encontrarla ya», explicó, “pero parece que me he perdido”.

«No, no te has perdido. De hecho, ya casi has llegado». Ella se volvió para mirar a través de los páramos escarpados en la dirección que él había estado dirigiendo. «Continúa más allá de la siguiente subida y podrás ver la mansión».

Ella hablaba con el refinado acento de una dama, pero ninguna de las que él conocía sería atrapada con ese aspecto tan... desaliñado y provinciano. Tal vez ella no era de la alta burguesía. Las criadas a menudo aprendían a imitar a sus empleadores.

Cuando se encontró con la mirada oscura de la joven y sintió la clara agitación de la lujuria en su sangre -algo que creía perdido-, no pudo evitar que una sonrisa de anticipación se dibujara en sus labios.

«¿Puedo ofrecerle que me acompañe a la mansión? Supongo que es allí adonde se dirige...».

Aunque su mirada permaneció fija en la de él, hubo un sutil cambio en sus rasgos ante su oferta. Una ceja levantada, una ligera presión en la comisura de los labios. El cambio fue tan sutil que estuvo a punto de pasarlo por alto y no supo interpretarlo.

«No es necesario», respondió ella.

También hubo un cambio en su tono de voz que debería haberle convencido de que dejara el asunto así. Pero Leander no estaba acostumbrado a ser rechazado, ni siquiera en algo tan insignificante. Su sonrisa era suave. Practicada. «Nunca me perdonaría que te ocurriera algo después de marcharme, dejándote sola en este desierto».

El viento azotaba a su alrededor, haciendo chasquear el abrigo contra sus piernas y levantándole el pelo en una loca danza alrededor de sus hombros. En contraste con la agitación que se arremolinaba a su alrededor, la joven parecía asombrosamente tranquila cuando respondió: «Los páramos no son un páramo y no estoy sola».

No se dio ninguna orden de palabra o gesto que él detectara, pero los dos grandes perros lobo se levantaron de repente al unísono. Los animales habían estado tan quietos y tranquilos que Leander casi había olvidado que estaban allí hasta ese momento en que su alegría casi desapareció para ser reemplazada por una rápida y leal atención.

Al sentir el cambio en los otros animales, su caballo raspó el suelo.

Leander no estaba muy seguro de lo que acababa de ocurrir, pero reconoció la negativa de la mujer con una inclinación de cabeza. «Entonces seguiré mi camino. Gracias por su ayuda, signorina». Apretando los talones, impulsó a su caballo al galope.

Cuando llegó a la cima de la siguiente colina y vio la finca extenderse ante él tal y como ella le había advertido, finalmente miró hacia atrás. Pero la extraña joven y sus perros ya habían desaparecido.

Por un momento se preguntó si se la habría imaginado. O tal vez fuese uno de esos inquietantes espectros de los páramos sobre los que tanto les gustaba escribir a los poetas góticos. No podía descartar por completo la posibilidad de que finalmente hubiera alcanzado un nivel de depravación que le hiciera desear una aparición espectral.

La idea no le molestaba tanto como probablemente debería.

Capítulo Dos

La mansión del vizconde de Lyndon en Staffordshire no era exactamente lo que Leander se había imaginado. Sabía que el lugar era antiguo, pues había sido construido hacía varios siglos, pero nunca se había imaginado algo tan medieval. La casa, construida con piedra gris y desgastada, semejaba más un castillo que una mansión. Era extensa e imponente, con cuatro pisos en algunos lugares, un amplio patio de grava, grandes establos y lo que aparentaba ser un jardín descuidado que se extendía detrás de la casa.

Tras dejar su caballo en manos de un sirviente, Leander entró en la mansión por la enorme puerta principal. El salón principal era amplio y espacioso, con una chimenea lo suficientemente grande como para albergar a varios hombres de pie dominando la pared del fondo. Aunque las paredes estaban revestidas de paneles de madera oscura y el suelo era de parquet, era fácil imaginar que antaño habían sido de piedra desnuda.

Una amplia escalera de caoba se elevaba a su izquierda antes de girar noventa grados hacia el segundo nivel, pero el sonido de unas risas atrajo su atención hacia el otro lado del vestíbulo, donde unas puertas dobles se habían abierto de par en par hacia las habitaciones que había más allá.

«Bienvenido, mi señor».

Las graves palabras hicieron que Leander se girara para ver a un hombre alto y majestuoso de entre setenta y cien años. A pesar del rostro profundamente delineado del mayordomo, las orejas y la nariz excesivamente grandes, el fino cabello plateado y los pálidos ojos azules que sugerían una dificultad para ver, el sirviente mayor se mantenía erguido y firme.

«¿Me permite su abrigo y su sombrero por favor?»

Leander se quitó el gabán y se lo entregó al mayordomo junto con el sombrero y los guantes.

«El vizconde y sus invitados están tomando un refresco en el salón escarlata», señaló solemnemente el mayordomo, «por si desea unirse a ellos. ¿O le digo a la ama de llaves, la señora Thatcher, que le lleve a su habitación?».

«¿Hay licores disponibles en el salón escarlata?» preguntó Leander.

El mayordomo hizo un movimiento de cabeza tan lento que fue casi una reverencia. «Desde luego que los hay, milord».

Leander sonrió aliviado. «Entonces no hay necesidad de molestar a la señora Thatcher todavía».

«Como desee.» El mayordomo hizo otra lenta inclinación de cabeza y luego se alejó hacia un oscuro salón junto a la puerta, desvaneciéndose silenciosamente en las sombras a pesar de su gran estatura.

Otra carcajada atrajo a Leander al otro lado del pasillo. Al acceder al modesto salón, se tomó un momento para evaluar la reunión.

Otras diez personas habían viajado desde Londres. Con la presencia de Leander, la fiesta sumaba un total de once personas. Reconoció a los demás invitados como miembros habituales de la clase social de los Lyndon. Aunque muchos de ellos ostentaban títulos aristocráticos y diversas posiciones de poder e influencia, cada uno de ellos era escandaloso de un modo u otro. Algunos de ellos de múltiples maneras. Eran los elementos obscenamente ricos y descaradamente disolutos de la sociedad que los miembros más piadosos de la alta sociedad no

podían permitirse despreciar, por mucho que lo desearan.

Y ahora habían traído su marca particular de libertinaje a los páramos rústicos.

Staffordshire nunca podría recuperarse.

El Vizconde de Lyndon descansaba despreocupadamente en una majestuosa silla de capitán y al parecer ya había bebido unas cuantas copas de más, lo cual no era inusual en él a pesar de la temprana hora. La esposa del vizconde, que también era hermanastra de Leander, permanecía sentada en el brazo de otra silla ocupada por Lord Rutledge, riendo de lo que el hombre acababa de decir. Rutledge era conocido por su mordaz y salaz ingenio, por lo que a Leander no le sorprendió ver a Isabelle atraída a su lado. Siempre le habían atraído las personas que mostraban descaradamente su depravación.

«Ah, ahí estás», exclamó Isabelle mientras se ponía en pie con elegancia. Su hermanastra se dirigió hacia él con la sonrisita socarrona que siempre lucía cuando estaba en compañía. Era una expresión estudiada, diseñada para sugerir que tenía un secreto delicioso que estaría dispuesta a compartir sólo si le dabas algo a cambio.

Leander estaba muy familiarizado con aquella sonrisa.

Se quedó quieto cuando ella se apartó la falda y se puso de puntillas para darle un beso cálido y seco en la mejilla. Inclinandose hacia atrás, lo miró con su aguda mirada azul. «Creíamos que te habíamos perdido».

Leander respondió con una mirada despreocupada. «No os libraréis de mí tan fácilmente».

Su leve risa le siguió mientras la rodeaba y se dirigía al servicio de licores.

«No bromees, Leander. Sabes que adoro tu compañía». Hizo una pausa dramática. «Como casi todo el mundo en Londres. Has estado muy ocupada últimamente, ¿verdad, querida? ¿Qué harán tus innumerables amantes sin ti?».

Leander se volvió con una copa de coñac en la mano. Isabelle siempre había disfrutado atormentándolo con sutiles latigazos de su afilada lengua. Pero hacía años que sus intentos no iban más allá de una breve punzada de fastidio.

Antes de responder con indiferencia, le dirigió una mirada que rozaba la grosería. «Todos deben aprender en algún momento que no siempre pueden tener lo que más desean».

La mirada de Isabelle se tensó, pero su respuesta se cortó cuando otro replicó con bravuconería: «Ningún hombre puede tener el número de compañeras de cama que dicen que tiene Vittori. Sus hazañas son más rumores exagerados que hechos».

Leander dio un largo sorbo a su coñac mientras deslizaba una divertida mirada hacia Lord Filbert, un hombre díscolo de mediana edad que ya había pasado la flor de la vida aunque se negaba a reconocerlo.

«Debes estar hablando de ti mismo, Filbert», interpuso la baronesa Tyrell con un tono sensual y una mirada acalorada que acariciaba a Leander de pies a cabeza. «Rumores y hechos son lo mismo cuando se trata del Conde Vittori», ronroneó.

Leander le devolvió la mirada apreciativa con una propia mientras levantaba su copa en un saludo silencioso.

«Parece que no todos tus admiradores han quedado abandonados en Londres», observó Isabelle con una sonrisa astuta. Propinó un juguetón manotazo en el brazo de Leander antes de deslizarse con elegancia por la habitación hasta llegar al lado del somnoliento vizconde. «Pero seguro que hay temas más excitantes de los que hablar que de las conquistas sexuales de mi querido hermano».

«Lo dudo», dijo el delgado marido de la baronesa Tyrell.

Lanzando un rápido guiño al barón, Leander se dirigió a toda la sala. «Si me disculpan, por favor. Les dejaré especular sobre mis actividades íntimas sin mí. Necesito restaurarme un poco tras mi travesía por los páramos».

Se llevó el coñac y salió de la habitación.

Los amigos de los Lyndon resultaban agradables en pequeñas dosis, pero una exposición prolongada tendía a dejarle a Leander un sabor amargo en la boca. El hecho de que hubiera aceptado pasar esas vacaciones era una prueba de la profundidad de sus ansias de diversión. Teniendo en cuenta que iba a estar en su compañía durante una larga visita, lo mejor era racionar su tiempo sabiamente.

Deseoso de explorar un poco, Leander decidió ir en busca del ama de llaves en lugar de esperar a que apareciera el silencioso mayordomo.

Dirigiéndose hacia el fondo del largo vestíbulo abovedado, observó un estrecho pasillo que se extendía en las sombras detrás de la chimenea. Parecía tan probable como cualquier otra cosa que condujera a los dominios del servicio en un lugar como aquel. Sorbiendo su coñac, se dirigió hacia el pasillo revestido de madera.

No había velas en el pasillo y el aire estaba inquietantemente quieto y silencioso.

Justo cuando había decidido que el pasillo no parecía dirigirse hacia donde él pensaba, escuchó un sonido sordo procedente de la esquina de enfrente. Al mismo tiempo, el aire pareció agitarse a su alrededor, trayendo consigo el penetrante aroma del cielo nublado, la tierra húmeda y las flores silvestres azotadas por el viento.

A pesar del escalofrío que le erizaba el vello de la nuca, Leander prosiguió su camino, inexplicablemente impulsado a descubrir lo que le aguardaba. A medida que se acercaba, un suspiro apenas perceptible se deslizó a través de la casi oscuridad para acariciar suavemente los oídos de Leander.

Un cosquilleo de conciencia recorrió su espina dorsal.

No es que realmente creyera en esas cosas... pero esa casa, con su sutil capa de historia antigua cubierta por una fachada moderna, sería el lugar perfecto para un embrujo.

Dobló lentamente la esquina y se encontró en un pequeño vestíbulo con una puerta abierta al patio, que dejaba entrar el viento brumoso. Estaba a punto de dar un paso adelante para cerrar la puerta cuando entró la joven con la que se había encontrado en el páramo.

Podría haber sido la incierta luz crepuscular que se filtraba por el estrecho espacio o el hecho de que su mente ya estuviese inmersa en pensamientos sobrenaturales. También podría haber sido la naturaleza de la propia mujer, que se volvió para mirarle con ojos oscuros y conmovedores, una maraña de pelo castaño y la piel pálida por el frío del exterior.

Fuese lo que fuese, Leander no pudo contener las palabras que subieron a sus labios. «No estoy seguro de si he sido bendecido o maldecido por toparme con tu inquietante presencia dos veces en un mismo día».

La mujer no respondió a su broma con una carcajada, como él esperaba, ni pareció sorprendida de verle allí. En cambio, ladeó la cabeza y se limitó a decir: «Los fantasmas nunca aparecen en esta ala de la casa».

Bajó la barbilla y sonrió. «Entonces, ¿eres de carne y hueso?».

«Por supuesto». Se encogió de hombros, se quitó el enorme abrigo y lo colgó de una percha que sobresalía de la pared, revelando una esbelta figura de modestas curvas antes de darse la vuelta para cerrar la puerta y sumirlos en la oscuridad.

«No debería haber ningún motivo para que los invitados se aventuraran por esta zona», observó con un dejo de censura en el tono de su voz. Las palabras provenían de más cerca de lo

que él esperaba, ya que ella pasó junto a él sin ser vista.

Leander se volvió hacia ella, haciendo que su vista se adaptara a la oscuridad. «Buscaba las cocinas», respondió, bajando la voz para adaptarse a la extraña intimidad de la interacción.

«Entonces esta vez *te has perdido*».

Sonrió. «En realidad buscaba al ama de llaves para que me condujera a mi habitación. ¿Quizás usted podría mostrarme el camino?» La idea de pasar un poco más de tiempo con la intrigante joven se había vuelto bastante atractiva.

Hubo una larga pausa tras su pregunta, durante la cual Leander empezó a distinguir su oscura figura en las sombras más profundas. Curiosamente, su rostro pálido estaba más alto de lo que él esperaba, como si flotara a un par de metros del suelo.

«Supongo que puedo hacerlo», contestó finalmente, aunque su aceptación era obviamente reacia. «A todos los invitados les fueron asignadas habitaciones en el ala este. Sígueme».

Girando en su sitio, su vaga forma se alejó de él, continuando su ascenso durante unos pasos antes de desaparecer de nuevo.

Abandonado en la incierta oscuridad, Leander susurró una maldición en voz baja mientras daba un tímido paso adelante.

«Cuidado con los escalones. Son un poco desiguales». Su voz de suave textura resonó en la estrecha cámara.

Dando otra zancada cuidadosa, se encontró con el primer peldaño de lo que resultó ser una escalera de piedra en espiral. La extraña mujer le esperaba en el siguiente nivel, iluminado por una única lámpara de pared.

«Por aquí», le dijo, conduciéndole a través de otro pasillo, más ancho y más corto que el que había atravesado más abajo, pero con los mismos paneles de madera oscura y pulida. Abrió una gran puerta y los condujo a una solemne galería de retratos, con decenas y decenas de cuadros a un lado y una larga hilera de ventanas al otro. Las ventanas tenían pesadas cortinas que podían cerrarse para protegerse del sol, pero que en ese momento estaban abiertas para dejar entrar la luz del crepúsculo.

«Menuda colección», observó Leander.

Ella respondió sin darse la vuelta. «Los residentes de Bilberry Hall tienen una larga y sinuosa historia que se remonta a una época anterior al Conquistador».

«Ya veo», respondió Leander mientras la seguía a través de la resonante galería. Observando el dobladillo embarrado de su vestido, le preguntó: «¿Caminas por los páramos con frecuencia?».

« Por lo general, dos veces al día. Dependiendo del estado de mi trabajo».

Habían llegado al final de la galería y ella abrió las puertas dobles con facilidad antes de que Leander pudiera ofrecerle su ayuda. Con sólo una rápida mirada en su dirección, continuó a través de otra sala más pequeña que contenía una serie de estatuas de mármol. Había cuatro representaciones de tamaño natural de diversos temas: dos hombres enzarzados en una batalla mortal, una pareja abrazada, una mujer exuberante con una gran urna sobre la cabeza y un hombre con una daga y un escudo con su enemigo derrotado a sus pies. Varios pedestales con bustos de hombres y mujeres ocupaban los espacios entre las piezas más grandes.

Leander estuvo tentado de reducir el paso y ver mejor las estatuas, pero su guía continuó sin pausa. Al parecer, no se trataba de una visita tranquila a la casa.

En el extremo opuesto de la sala, salieron a un amplio rellano entre dos tramos de escaleras. Parecían haber llegado a la escalera principal que había visto desde el gran vestíbulo.

Leander se puso a su lado y comenzaron a subir al tercer piso. «Espero no haberte

apartado de ninguna tarea vital», dijo.

Ella lo miró con curiosidad. «No lo has hecho».

Leander esbozó una sonrisa victoriosa, con la esperanza de inspirar algo más que la reacción despreocupada que había obtenido de ella hasta el momento. Estaba acostumbrado a despertar un destello de interés sensual en la mayoría de las personas que conocía, pero no había detectado ni el más mínimo parpadeo en ella. «No me gustaría que te reprendieran por abandonar tu trabajo por mi culpa».

La curiosidad de su mirada se transformó en ligera diversión. «Difícilmente me reprenderé a mí misma». Antes de que Leander pudiera descifrar su respuesta, ella se detuvo en lo alto de la escalera y señaló un amplio pasillo que se extendía a lo largo de la sala de mármol y la galería de retratos. «Esta es el ala de invitados», dijo ella, volviéndose para mirarlo de frente en el salón iluminado con lámparas de gas. Sus ojos marrones se cruzaron con los suyos sin desconfianza. «¿Tienes nombre?»

«Sí», respondió Leander con otra sonrisa, encantado por sus extraños e inesperados modales. Se llevó una mano a la espalda y con la otra hizo un gesto cortés al tiempo que ofrecía una breve pero perfectamente ejecutada reverencia. «Conde Leander Vittori, a su servicio».

Sus cejas se alzaron brevemente, aunque no parecía particularmente impresionada. «¿El cuñado del vizconde?»

«Cuñado».

Ella lo estudió atentamente por un momento -sus ojos oscuros parecían reconocer algo que él aún no había percibido- antes de que sus labios se curvaran de una forma que no era del todo una sonrisa, aunque él sospechaba que pretendía serlo. «Entonces somos familia», dijo ella con sencillez.

La sonrisa de Leander se torció cuando se preguntó si no sería un poco tonta además de rara. «¿Cómo es eso?»

«Soy la hermana del vizconde», contesto ella antes de volverse para guiarlo por el amplio pasillo alfombrado.

Leander permaneció unos instantes en silencio antes de seguirla.

¿Tenía Lyndon una hermana?

Capítulo Tres

Desdémona cerró la puerta de sus aposentos privados y tomó aire.

Aunque llevaba más de una semana esperando a los visitantes londinenses, aún no estaba preparada para aquella intrusión. Hoy había dado intencionadamente largos paseos para evitar estar en la mansión cuando llegaran todos. No era la forma de actuar de una anfitriona amable, pero pensó que estaba justificado teniendo en cuenta que no eran sus invitados.

A juzgar por los numerosos carruajes y caballos desconocidos en los establos, casi lo había logrado.

De no ser por el Conde Vittori.

Cuando se acercó a ella en el páramo, su largo cabello negro estaba alborotado por el viento, lo que le daba un aspecto salvaje e indómito a pesar de sus finas ropas. Sus profundos ojos azul-grisáceos eran demasiado descarados. El tono de su voz, rico y ligeramente acentuado, daba a entender que Desdémona sólo había leído sobre conocimientos y experiencia. Y cuando curvó la boca....

Había algo descaradamente pecaminoso en su sonrisa. Algo peligroso.

Algo que había provocado en ella una reacción aguda e intensa. A pesar del frío del viento del páramo, su sangre se había calentado y su cerebro se había ablandado de una forma que nunca antes había experimentado.

El efecto de Vittori en ella había sido sorprendente.

Esperaba poder estudiar su reacción antes de volver a encontrarse con él. Pero no más de una hora después, allí estaba él de nuevo.

Y nada menos que en su ala privada.

Por supuesto, el hombre no sabía que era su ala privada. No era como si hubiese colgado una pancarta o algo así. Era la parte más antigua de la mansión y su favorita.

Desgraciadamente, había demostrado ser aún más intensamente afectivo de cerca. Su cuerpo prácticamente zumbaba en respuesta a su cercanía. Nunca antes había estado físicamente tan consciente de otra persona.

Era algo desconcertante.

Como lo fue el cambio de expresión de él cuando le dijo quién era.

Estuvo a punto de preguntarle por qué parecía tan sorprendido, pero logró contener las palabras. Sus preguntas a veces eran intrusivas cuando no era su intención y tenían la capacidad de incomodar a los demás. Aunque no le entusiasmará tener a tantos extraños en su casa, no quería hacer nada que pudiera hacer que los invitados de su hermano no se sintieran bienvenidos.

Se apartó de la puerta y tomó asiento en la silla de capitán que hacía de centinela en el corto pasillo que conducía a sus habitaciones personales. Después de desatar los cordones de sus botas llenas de barro, las dejó sobre la alfombra de paja que había junto a la silla, se levantó y caminó en calcetines hasta la habitación contigua, un salón espacioso pero acogedor amueblado con sus piezas antiguas favoritas, las que había descubierto en los desvanes un verano.

Más allá estaba su estudio privado, la antigua armería, con el enorme escritorio de caoba con tapa de cuero que había sido de su bisabuelo y pilas interminables de libros amontonados en todas las superficies y en todos los rincones disponibles.

Aunque estuvo tentada de hacer una pausa y echar un vistazo a sus notas de ese mismo día, continuó pasando por delante de su escritorio hasta la puerta oculta en un rincón detrás de él

y entró en su dormitorio. Cruzó la gruesa alfombra persa de su santuario privado y miró por la ventana hacia el cielo cada vez más oscuro.

La cena iba a servirse más tarde de lo habitual, ya que la vizcondesa había dejado claro que pretendían mantener el horario londinense durante toda su visita, lo que a Desdémona le parecía bien, porque significaba que tendría muchas menos probabilidades de encontrarse con alguien a menos que así lo decidiera. Además, tendría tiempo de sobra para trabajar un poco más después de asearse.

Veinticinco minutos después, había un baño humeante frente a la chimenea del dormitorio de Desdémona. Ya se había quitado la ropa manchada de barro y estaba en ropa interior, envuelta en una manta, mientras Mary, una de las criadas del piso de arriba, colocaba los jabones y las toallas junto a la bañera.

Enderezándose con una sonrisa, Mary preguntó: «¿Quiere que le cepille el pelo antes de lavárselo, señorita?».

«Sí, gracias», contestó Desdémona mientras dejaba caer la manta y soltaba los lazos de su turno. Una vez desnuda, se metió rápidamente en el agua caliente, levantándose el pelo para dejarlo caer sobre el borde de la bañera.

La doncella se colocó en un taburete detrás de ella y desenredó las horquillas que le sujetaban el pelo de la cara. Desdémona cerró los ojos mientras Mary empezaba a arrastrar el cepillo por los interminables enredos.

Al cabo de unos minutos, preguntó: «¿Ha llegado el vizconde con los demás?».

«Sí.»

«¿Ha preguntado por mí?»

Hubo una pausa en el tirón del cepillo y Desdémona supo la respuesta antes de que María la diera. «No, señorita. No que yo sepa».

Si el vizconde había preguntado a alguno de los criados de la mansión por el bienestar o el paradero de su hermana menor, Mary lo habría sabido. En un hogar atendido por la misma cantidad mínima de personal durante casi una década, los sirvientes se volvían más cercanos que la familia.

Bueno, más cercanos a la familia que cualquiera que Desdémona hubiera tenido jamás.

«Y Lady Lyndon. ¿Se ha reunido con la señora Thatcher?»

«Sí, se ha reunido», respondió Mary con suavidad mientras seguía trabajando entre los feroces remolinos creados por los vientos del páramo. «Han hablado de los menús de las próximas comidas y de los agasajos que se han previsto para los invitados».

Desdémona asintió, ignorando el incómodo peso que sentía en el pecho. «Supongo que todo está preparado según sus indicaciones».

«Sí, señorita», respondió María.

Desdémona tenía doce años la última vez que había visto a su hermano. Había intentado mantener correspondencia con él los primeros años desde que se trasladó a Londres, pero John rara vez contestaba. Cuando lo hacía, las misivas eran breves e intrascendentes y, desde luego, nunca se molestaba en responder a los informes trimestrales de su institutriz de entonces.

Al cumplir Desdémona quince años, la señorita Redkin envió su último informe al vizconde indicando que, como ya no tenía nada más que enseñar a la joven, se retiraba del cargo. Recomendó al vizconde que contratara a una dama de compañía para ocupar su lugar.

Como era de esperar, no hubo respuesta. Y nunca se contrató a ninguna dama de compañía.

Después de eso, Desdémona dejó de preocuparse por comunicarse con su hermano. La

única excepción fue la vez que envió una carta varios meses antes de cumplir los dieciocho y preguntó cuándo podría viajar a Londres para su debut.

Esa carta tampoco tuvo respuesta.

Para entonces, el disoluto estilo de vida de su hermano había aparecido a menudo en las páginas de cotilleos del periódico londinense que se entregaba en la mansión cada semana. Así fue como Desdémona se enteró del matrimonio de su hermano con Isabelle Fairchild, la hija de un marqués. Lord y lady Lyndon y su escandaloso grupo de amigos habían seguido apareciendo en el periódico a intervalos diversos a lo largo de los años. Aunque la información obtenida de las páginas de cotilleos era superficial, era la única conexión que Desdémona tenía con su hermano y su vida en Londres.

También allí había leído por primera vez sobre el conde Leander Vittori. Hijo de la hija de un conde y de un noble italiano, Vittori se había trasladado de Italia a Inglaterra de niño tras la muerte de su padre. Con sus costumbres libertinas y sus hazañas salvajes, era una presencia constante en las páginas de escándalos.

Desdémona pensó que los periódicos debían de exagerar las hazañas de Vittori para sensacionalizarlo y vender más periódicos. Era difícil creer que alguien pudiera vivir el tipo de vida desvergonzadamente hedonista que Vittori tenía fama de permitirse, pero después de haber experimentado el efecto directo de su mirada perversa y su sonrisa pecaminosa, Desdémona se vio obligada a considerar la posibilidad de que todo lo que había leído sobre él fuese totalmente cierto.

Y teniendo en cuenta su aguda reacción física ante él, Desdémona se dio cuenta de que representaba una amenaza mayor para su cuidadosamente mantenido estado de bienestar que cualquiera de los otros invitados de su hermano.

Cuando llegó a la mansión la carta dirigida al ama de llaves en la que se comunicaba que el vizconde y la vizcondesa iban a pasar una larga estancia en Staffordshire y que les acompañarían nueve invitados más, la primera reacción de Desdémona no había sido de entusiasmo.

En realidad, no había estado entre ninguna de sus reacciones.

Pero sus sentimientos ante la repentina alteración de su hogar no fueron consultados. Así que había llegado el día. La casa estaba repleta de extraños -incluido su hermano- acostumbrados a llevar una vida muy distinta a la que ella había cultivado, y Desdémona no podía hacer nada al respecto.

Una parte de ella sentía la tentación de evitar a todo el mundo durante su estancia.

Otra parte de ella -la parte orgullosa que rara vez tenía motivos para aparecer- se negaba a esconderse de su hermano o de sus sofisticados invitados. Y no podía negar que sentía curiosidad por el vizconde. John había sido un buen hermano una vez, cuando eran jóvenes y sus padres aún vivían.

Mary terminó de peinarse y se levantó en silencio. «¿Necesita algo más, señorita?»

«No, Mary. Gracias».

«Volveré más tarde entonces para ayudarla a vestirse para la cena».

Por primera vez en más de una década, Bilberry Hall organizaba una cena formal y, la esperaran o no, Desdémona estaba dispuesta a asistir.

Capítulo Cuatro

Desdémona procuró no ponerse nerviosa mientras se dirigía a la parte principal de la casa. Todos debían reunirse en el salón azul antes de la cena y ella quería llegar lo antes posible para ver a su hermano por primera vez antes de que bajaran los demás.

Mary se había pasado media hora arreglándose el pelo en un elaborado peinado que dejaba caer algunos mechones sobre sus mejillas. La criada también había insistido en vestir a Desdémona con uno de los trajes de etiqueta que se habían confeccionado el año en que la joven esperaba debutar en Londres. Cuando se había dado cuenta de que no iba a ser presentada en sociedad, Desdémona había empaquetado los vestidos y los había guardado en un almacén, ya que no había habido ninguna probabilidad de que tuviera ocasión de llevar una ropa tan elegante en Staffordshire.

Al parecer, esa noche era justamente la ocasión.

Aunque tenía veintidós años y ya había pasado la edad de una debutante, el vestido era rosa pálido y perfecto para la presentación de una joven. Si el estilo era casi cinco años anticuado, eso no podía evitarse. De todos modos, no le importaba impresionar a nadie. Sólo quería volver a ver a su hermano.

Se había convencido a sí misma de que John seguramente habría tenido sus razones para alejarse de Staffordshire durante tantos años. Al igual que probablemente había tenido una razón para no escribirle directamente sobre su visita y para no buscarla inmediatamente después de su llegada.

Probablemente, Desdémona debería haber esperado en el vestíbulo para saludar a todo el mundo, como habría hecho una buena anfitriona. Le resultaba un poco difícil ser amable cuando ni siquiera estaba segura de si la recibirían en la fiesta.

La puerta del salón azul estaba abierta, invitando a entrar. Aunque estaba muy nerviosa, se recompuso y cruzó el umbral con algo de confianza y elegancia.

La primera en ver fue a la vizcondesa.

Habría sido imposible no ver a la elegante mujer vestida con un vestido azul pavo real de seda brillante y satén adornado con encaje negro. La riqueza del tono del vestido contrastaba con el pálido cabello dorado y la tez cremosa de la dama. La sofisticación de Lady Lyndon era evidente en cada línea de su postura, en la riqueza de zafiros y diamantes que rodeaban su cuello y muñecas, y en su expresión medio divertida, medio aburrida, mientras escuchaba las palabras masculladas que pronunciaba de forma incoherente el hombre encorvado en una silla de espaldas a la puerta.

Suponiendo que era su hermano, Desdémona prosiguió su camino.

Antes de llegar muy lejos en el interior de la habitación, la vizcondesa noto su llegada con un grito ahogado y una amplia sonrisa mientras se abalanzaba con los brazos extendidos para tomar las dos manos de Desdémona entre las suyas. «Oh, mi querida niña. Tú debes de ser la hermana de John». La mujer atrajo a Desdémona para abrazarla rápidamente y darle un beso en la mejilla. Luego se echó hacia atrás con la sonrisa aún brillante en el rostro. «John siempre ha hablado de ti como si fueras una niña, pero no es así en absoluto, ¿verdad? Debes de tener diecisiete años, por lo menos.»

Desdémona se sintió desconcertada por el efusivo saludo y respondió automáticamente al último comentario de la vizcondesa. «Cumplí veintidós en mi último cumpleaños».

Los ojos azules se abrieron de par en par. «¡Caramba! Completamente crecida y bastante guapa, además. Qué gran sorpresa».

Desdémona no tenía ni idea de cómo responder a eso, pero al parecer, no necesitaba hacerlo, ya que la vizcondesa le rodeó la cintura con un brazo y la impulsó hacia delante, hacia la línea de visión del vizconde.

«Vamos, John. Saluda a tu hermana como es debido».

Desdémona miró al hombre de la silla. Por un segundo, creyó volver a ver a su padre. Una versión de su padre algo más carnosa, con la cara más roja y los ojos más vidriosos.

«¿Qué? ¿Quién dices que es, Isabelle?», preguntó el vizconde mientras se movía en su silla. Su mirada desenfocada se deslizó salvajemente más allá de su posición antes de volver de nuevo.

Una versión mucho más ebria de su padre, corrigió Desdémona.

Lady Lyndon se echó a reír. «Es tu hermana, bromista».

«¿Qué? ¿Des?» John se animó, sentándose un poco más erguido.

«Hola, John», dijo fríamente Desdémona, alejándose de la vizcondesa.

En el rostro de su hermano se dibujó una auténtica expresión de sorpresa cuando por fin se puso en pie y la miró de arriba abajo. «¿De verdad eres tú? No puedo decir que te parezcas en nada a la chica que recuerdo».

«Han pasado muchos años», respondió ella con sencillez.

« Por supuesto », dijo riendo mientras dejaba la copa en la mesa a su lado y le tendía los brazos.

Desdémona aceptó el torpe abrazo sólo un instante antes de alejarse tanto del vizconde como de la vizcondesa. No estaba acostumbrada a tanto contacto físico. No la habían abrazado desde que era pequeña. Los criados nunca presumirían de tal familiaridad y, desde luego, ella no tenía amigos para hacerlo.

«Dinos que piensas cenar con nosotros, querida,» intervino Lady Lyndon. «Nuestros queridos amigos van a adorarte. ¿Verdad, John?»

«Oh, sí», contestó él mientras recogía su copa y cruzaba la habitación en un camino ligeramente zigzagueante hasta el servicio de licores del rincón.

Desdémona lo observó un momento, aceptando la sorda pesadez que se instaló en su estómago. Puede que ella hubiera cambiado con respecto a la chica que había sido la última vez que estuvieron en compañía, pero diría que John era el más alterado de ellos.

Antes de que la melancolía se apoderara por completo de ella, algo cambió en el aire de la habitación, como si se hubiera electrificado, y se volvió hacia la puerta justo cuando entraba el conde Vittori.

Su mirada azul-grisácea recorrió la habitación de un modo que sugería que no esperaba encontrar nada de interés en su lectura. Aunque Desdémona sintió un zumbido distintivo en los nervios cuando sus ojos se cruzaron brevemente con los de ella, no dio ninguna indicación de que se hubiesen visto antes.

«Ah, y aquí está mi hermano, justo a tiempo para nuestra pequeña reunión familiar», exclamo la vizcondesa, acercándose de nuevo a Desdémona para estrechar sus brazos. «Ven aquí, Leander, para presentarte a la querida hermana de John».

Los ojos del conde brillaron bajo sus oscuras cejas arqueadas con una emoción indefinible ante las palabras de la vizcondesa. Luego curvó los labios en una sonrisa que era a la vez una mueca desdeñosa y una sutil sonrisa cómplice.

«Leander, permíteme presentarte a la señorita Desdémona Littlefield», dijo la vizcondesa

con un elegante giro de muñeca. «Y este, querida, es el conde Leander Vittori».

El conde se inclinó con elegancia, sin dejar de mirar a Desdémona mientras le tomaba la mano y se la llevaba a los labios. Ella no llevaba guantes y sintió el calor de su aliento en la piel justo antes de que él apretara los labios contra sus nudillos en un breve beso. El gesto duró menos de un instante. Pero cuando él se enderezó y la soltó, Desdémona sintió un ligero cambio... aunque no supo discernir cuál.

«Desdémona», repitió cuando su mirada se encontró con la de ella. Las sutiles notas de su acento italiano, atemperado por los años en Inglaterra, hacían que su nombre sonara diferente a cualquier otra vez que lo hubiera oído pronunciar en voz alta. «Qué lamentablemente trágico - observó con un rizo en la comisura de sus labios arqueados.

Desdémona ladeó la cabeza, captando su referencia al personaje homónimo de Shakespeare que había sido asesinado por su marido, Otelo, cuando éste creyó que ella lo había traicionado.

«No más sobre Leander», afirmó ella, considerando el hecho de que el homónimo del conde se ahogó mientras nadaba en una tormenta para reunirse con su amante.

Él asintió superficialmente, haciendo que un mechón de pelo negro le cayera sobre la frente. «Muy cierto», respondió en voz baja. Luego la curva de sus labios se hizo más pronunciada. «Siéntete libre de llamarme cómo te apetezca».

Desdémona frunció el ceño ante la extraña concesión. «¿Mi señor?»

Las estrías gris plateadas brillaron en el azul de sus ojos. «Eso bastará por ahora».

«Demonio, Leander», interrumpió la vizcondesa con un chasquido de su abanico contra el brazo de él. El tono agudo de su voz no quedaba disimulado por su sonrisa burlona. «No es probable que la muchacha este acostumbrada a tu particular forma de coquetear».

«Tal vez le gustaría estarlo», argumentó el conde. Aunque se dirigía a su hermanastra, mantenía la mirada fija en Desdémona.

Sus suaves palabras y su tono aterciopelado sugerían todo tipo de impropiedades y Desdémona sintió que se calentaba a su pesar. Entonces se fijó en la tensión de su mandíbula y en la ligera arruga de sus cejas. Su insinuación picaresca estaba motivada por algo más profundo que la maldad que parecía serle natural. Había un destello de desafío en sus ojos y algo más...

Entonces su boca se curvó en una sonrisa que mostró un destello de dientes blancos y una suave risita sonó en su garganta.

Desdémona se dio cuenta entonces de que había estado mirando fijamente al hombre durante un tiempo probablemente desmesurado. Parpadeó y se aclaró la garganta mientras buscaba alguna respuesta a su último comentario. «No he tenido ocasión de practicar ningún tipo de coqueteo».

La sonrisa de Vittori se ensanchó un instante antes de inclinarse hacia ella. Su aroma - picante y oscuro- la envolvió mientras murmuraba en tono sedoso: «Qué pena, tesoro mío. Puede ser una diversión tan placentera».

«Basta ya, Leander», intervino la vizcondesa riendo. Envío a su hermanastro una pequeña mirada intensa antes de volverse hacia Desdémona con una brillante sonrisa. El momento de discordia fue tan sutil y fugaz que no estaba segura de no haberlo imaginado. «La chica empezará a pensar que estás hablando en serio».

«En absoluto», respondió Desdémona antes de que Vittori pudiera hacerlo. «Puede que no tenga mucha experiencia en socializar, pero soy capaz de discernir la diferencia entre el interés sincero y la tomadura de pelo descuidada».

Al terminar de hablar, se encontró con la mirada del conde. Las comisuras exteriores de

sus ojos se arrugaron mientras él entrecerraba la mirada y bajaba la barbilla en señal de reconocimiento. «Nunca soy descuidado, tesoro. Imprudente, desde luego. Pero nunca descuidado».

«Estoy segura de que debería apreciar la distinción», replicó Desdémona.

En su mirada se encendió algo interesante en respuesta a su comedida réplica, pero entonces lady Lyndon se adelantó de nuevo con una suave carcajada. Su tacto era frío cuando posó una mano en el brazo de Desdémona. «¿No es ella una delicia, Leander?»

Vittori bajó la barbilla y un mechón de pelo rozó su frente mientras asentía brevemente. «Sin duda, una delicia».

Desdémona se pasó los siguientes treinta minutos, más o menos, siendo guiada por la vizcondesa por la sala mientras le presentaban a cada uno de los invitados a medida que iban llegando. Para alguien que rara vez salía de la finca y nunca había socializado en un sentido real, fue un torbellino de caras sonrientes, miradas extrañas y charlas incómodas.

Todos parecían estar de acuerdo con la vizcondesa en que Desdémona era una «delicia» y «una criatura tan encantadora». De hecho, las palabras se pronunciaron tan frecuentemente que habían perdido completamente su significado para cuando todos los invitados fueron llamados a cenar.

Capítulo Cinco

Durante toda la velada, Leander estudió a la bella Desdémona, tratando de discernir qué habría planeado Isabelle para la pobre muchacha.

Era realmente tan encantadora como la vizcondesa se empeñaba en insistir.

A pesar del estilo anticuado y ridículamente modesto de su vestido, se ajustaba perfectamente a su esbelta figura, llamando la atención lo justo sobre sus caderas suavemente curvadas y su modesto pecho. Llevaba el pelo recogido con sencillez, pero bajo la lámpara de araña bien iluminada, los tonos más oscuros, como el caoba, se hacían más evidentes, añadiendo una calidez inesperada a las trenzas castaño claro. Sus ojos castaños oscuros estaban enmarcados por largas y espesas pestañas, pero de algún modo conseguían mantenerse reservados y extrañamente valiosos. No era propensa a sonreír, sino que mantuvo una expresión constante de leve curiosidad durante toda la comida.

Desafortunadamente para ella, la señorita Littlefield se había sentado a cenar entre el licencioso Lord Rutledge y el disipado Lord Filbert. El contraste de la fresca joven con los dos roués de mediana edad resultaba casi inquietante. Sin embargo, a medida que la cena avanzaba por su inevitable camino entre aquel grupo y el alcohol corría más libremente y la conversación se volvía más escandalosamente atrevida, Leander se sorprendió al ver que la compostura de la señorita Littlefield no flaqueaba en ningún momento.

A lo sumo, de vez en cuando miraba a su hermano y revelaba brevemente algo parecido a la decepción en sus ojos antes de cambiar su atención hacia otra persona. Extrañamente, la inocente campesina no parecía particularmente escandalizada por los londinenses mientras observaba su excesiva indulgencia y creciente libertinaje con una mirada estoica. Casi parecía como si estuviera observándolo todo como un espectador de una obra de teatro.

Cuando se hizo evidente que, con las interminables botellas de vino que rodeaban la mesa, no era probable que la cena terminara pronto, la señorita Littlefield se levantó en silencio. Pasó junto a la silla de su hermano y le dirigió unas palabras antes de abandonar la sala.

Como la mayoría de los invitados, el vizconde estaba tan absorto en sus copas que apenas se percató de su marcha.

Otros, sin embargo, sí se dieron cuenta. Leander, por supuesto, así como Lord Rutledge, cuya cínica mirada siguió abiertamente a la joven mientras abandonaba la sala. Más inquietante que el interés del anciano réprobo fue el de Isabelle, ya que Leander notó el agudo brillo en sus ojos cuando centró su breve atención en su cuñada.

Él conocía esa mirada. Isabelle tenía algo en mente para la muchacha y las tramas de su hermanastra nunca beneficiaban a nadie más que a ella misma.

Hubo un tiempo, cuando eran niños, en que creyó que su nueva hermana mayor era una de las criaturas más brillantes y espléndidas que había conocido jamás. Pero la ilusión no duró mucho. Su habilidad para el engaño y la manipulación había sido aguda incluso entonces, cuando no era más que una niña de catorce años. Desde entonces se había vuelto más ingeniosa.

Miró al vizconde, desplomado en su asiento, a quien la borrachera le había pasado factura y roncaba suavemente sobre su corbata. Era evidente que Lyndon había desarrollado su propia forma de escapar de la insaciable necesidad de su esposa de manipular el mundo para satisfacer sus caprichos.

El barón Tyrell se inclinó sobre la mesa hacia Leander para susurrarle con tono

dramático: «¿En qué demonios estaría pensando Lyndon para permitir que esa ovejita pura se metiera entre tantos lobos?».

Tyrell, al igual que su esposa, disfrutaba con el escándalo en todas sus formas. Si no encontraban ninguno del que hablar, lo creaban. Normalmente juntos, pero no siempre.

«Supongo que es demasiado esperar que la joven esté a salvo en su propia casa», respondió Leander en un tono de aburrimiento afectado.

El barón rió, creyendo que era una broma, mientras el índice de Leander golpeaba con impaciencia la curva de su copa de vino.

La voz de Isabelle llegó a sus oídos y se volvió para verla sonreír socarronamente a Lord Rutledge. «¿No es encantadora?», arrulló. «Tan refrescante y... ajena al resto del mundo».

«Qué amable de su parte, milady», observó secamente Rutledge, “traer el mundo a la señorita Littlefield”. Bueno», añadió con una sonrisa astuta y un elegante gesto de la mano, “la demi-monde, en cualquier caso”.

Su ocurrencia provocó una carcajada en los presentes y la vizcondesa hizo una señal para que trajeran más vino a la mesa. La velada no había hecho más que comenzar y, de repente, Leander ya no quería tener nada que ver con ella. En su juventud había sido demasiadas veces el peón y el juguete de su hermanastra. No iba a participar en lo que ella hubiera planeado para su cuñada.

Cuando se puso en pie, Isabelle le llamó la atención. Su sonrisa le hizo sentir un escalofrío que no había sentido en muchos años. Ignorando la sensación, salió del comedor sin decir palabra.

Recorrió el gran vestíbulo y sus pasos resonaron inquietantemente en las paredes revestidas de madera. No llegó muy lejos cuando el mayordomo salió silenciosamente de su rincón oculto. «Buenas noches», dijo el anciano sirviente en un tono lento y monótono. «¿Necesita algo de mí, milord?».

Leander hizo una pausa. Tenía intención de retirarse, pero se dio cuenta de que aún no estaba listo para ir a la cama. «Sólo si sabes dónde puedo encontrar un buen vino tinto y un poco de soledad».

«Por supuesto. Por aquí, milord». El alto y majestuoso mayordomo se dio la vuelta y condujo a Leander hasta una puerta situada junto a la gigantesca chimenea. Abriendo la puerta, hizo un gesto a Leander para que entrara.

La habitación sólo estaba iluminada por unos pocos candelabros: uno sobre una mesa de mármol junto a la puerta, otro en el borde de un gran escritorio de cuero que había junto a las ventanas y otro en el extremo opuesto de la habitación, sobre una mesa situada entre dos sillones de lectura acolchados. Dos de las cuatro paredes estaban cubiertas de libros hasta el techo. Las pesadas cortinas cubrían las ventanas y el fuego que ardía al otro lado de la habitación desprendía un calor moderado.

«¿Servirá la biblioteca para sus propósitos?»

A sabiendas de que había pocas probabilidades de que los demás huéspedes vinieran en busca de un libro esta noche -o cualquier otra noche, para el caso-, Leander esbozó una sonrisa. «Muy bien. Gracias».

«Gerald, milord», respondió el hombre con una larga y lenta inclinación de cabeza.

«Gracias, Gerald».

«Volveré enseñuida con su vino».

Cuando el mayordomo salió de la habitación, Leander se dirigió hacia las estanterías. No era la biblioteca más impresionante que había visto, pero el contenido estaba muy bien

conservado y daba la impresión de que la habitación se utilizaba a menudo.

El vino resultó ser una buena elección, ya que se adaptaba perfectamente a su estado de ánimo y la biblioteca resultó ser el santuario que no se había percatado que necesitaba. Se tomó su tiempo sorbiendo el vino mientras ojeaba los diversos volúmenes de las estanterías. Seleccionó un tratado filosófico que recordaba vagamente haber leído durante sus años escolares y se acomodó en uno de los sillones acolchados.

Al cabo de un rato, levantó la vista para servirse más vino, pero dudó al ver el reloj de la chimenea. Estaba a punto de amanecer.

No recordaba la última vez que había pasado una velada tan satisfactoria en la que nadie se hubiera desnudado.

Después de devolver el libro que había estado leyendo a su lugar en la estantería, dio la vuelta y apagó las velas que aún no se habían consumido. Envuelto en una cálida bruma de vino, Leander subió las escaleras principales. Cuando llegó al segundo rellano, en lugar de continuar hasta el tercer piso y el ala de invitados, se encontró paseando entre las estatuas de mármol antes de abrir las enormes puertas dobles que daban a la galería de retratos.

La sala estaba silenciosa y quieta. El personal de la casa aún no había pasado a cerrar las cortinas para evitar la lenta salida del sol, y la luz lavanda del amanecer bañaba la galería con un ambiente suave y sombrío, mientras hombres, mujeres, niños y queridas mascotas muertos hacía mucho tiempo observaban su avance con expresiones anormalmente serenas.

Apartándose de los retratos, se acercó a la larga hilera de ventanas que daban a los jardines descuidados y a los inquietos páramos azotados por el viento. La espesa niebla y las sombras de la noche en retirada le ocultaban la vista, pero podía recordar fácilmente el paisaje irregular y los escarpados afloramientos rocosos que había atravesado el día anterior. Prácticamente podía oler la humedad de la tierra, el sabor mineral de la piedra y la sutil dulzura de la hierba mezclándose en el aire.

Los páramos eran crudos, desolados y -siempre que no te azotara el incesante viento- extrañamente atractivos. No era en absoluto lo que esperaba.

El bramido de un perro lobo atrajo su vacilante atención hacia donde las dos bestias que había encontrado el día anterior corrían despreocupadamente por el jardín. Venían en dirección a los establos y eran seguidos a un paso mucho más tranquilo por la encantadora señorita Littlefield.

Iba vestida una vez más con botas embarradas, un vestido de color apagado y aquel pesado abrigo marrón. Esta mañana, su pelo color caramelo apenas estaba sujeto en una trenza suelta que le caía por la espalda.

Aunque la noche anterior había estado muy atractiva con sus mejores galas, Leander decidió que la prefería tal como estaba esa mañana.

Segura de sí misma y ajena a su mirada, la joven atravesó el jardín a pasos decididos, luego cruzó la verja del otro extremo y continuó por el paisaje en pendiente hasta que ella y los perros lobo se desvanecieron en la bruma y la niebla.

Por regla general, prefería no preocuparse por las cosas que no le afectaban personalmente, pero la idea de que Isabella dirigiera sus manipulaciones hacia la desprevenida señorita Littlefield se le había clavado como una espina en el costado.

¿Qué querría Isabelle de ella?

En cuanto Desdémona empezó a dirigirse de nuevo hacia la mansión, Jack y Simón se volvieron más apagados. No podía culparles por su reticencia. Los pobres lobeznos odiaban estar

confinados en los establos, cuando ella solía dejarlos libres por la finca, incluida la casa solariega. Por desgracia, no era probable que los invitados de su hermano se mostraran amables con sus bestias y dudaba que los perros se mostraran amables con ellos.

La mañana había resultado muy agradable para pasear. El aire brumoso y los olores familiares de los páramos habían disipado el persistente descontento que arrastraba desde la cena de la noche anterior. La sensación de que sus botas pisaban la tierra que tan bien conocía la hizo volver en sí.

El John que recordaba de su juventud sólo existía como un destello bajo los excesos actuales del hombre. Eso la entristeció, pero también le hizo reconocer que su lugar en el mundo nunca había sido como hermana del vizconde Lyndon. Llevaba muchos años forjándose su propio camino.

El resto de ellos -en particular, lady Lyndon- inquietaban a Desdémona de un modo que no podía definir. Pero sí sabía que no estaba acostumbrada a sentirse insegura y desequilibrada en su propia casa y eso era exactamente lo que había experimentado desde que vio por primera vez a Vittori.

Por lo menos tenía sus paseos para volver a centrarse y recuperar la perspectiva.

Había llegado al Pico Crofter cuando el sol salió lo suficientemente alto como para disipar la niebla matinal. El paisaje que tanto amaba se bañó en un suave tono dorado mientras el viento vigorizaba todo lo que tocaba.

Aunque pensaba lo mismo que sus sabuesos, no podía permanecer lejos de la casa mucho tiempo.

Al llegar a la última subida y ver la extensa mansión ante ella, sintió un familiar sentimiento de orgullo. Había amado Bilberry Hall y la tierra que la albergaba desde que tenía memoria. Y pronto, su historia completa estaría disponible para compartirla con cualquiera que deseara aprender de las muchas generaciones que vivieron aquí a través del dolor y el triunfo, la pérdida y la fortaleza.

Le encantaba saber que, mucho después de que ella se hubiera ido, este lugar permanecería para los que vinieran después de ella.

Su atención se desvió bruscamente del pasillo cuando Jack y Simón llegaron corriendo a su lado. Desviando la mirada, vio que se acercaba un jinete.

Un hormigueo de expectación recorrió su nuca antes de darse cuenta de que no era Vittori.

Para su sorpresa, era John. A medida que se acercaba, el caballo comenzó a andar lentamente. Tenía las mejillas y la nariz sonrojadas y ligeramente agrietadas por el viento fresco, pero se mantenía firme en la silla y su mirada era mucho menos sombría que la noche anterior.

«Buenos días, hermano», dijo cortésmente después de dar a sus sabuesos la señal de escorarse.

John soltó una carcajada mientras bajaba al suelo. «¿Ah, sí? Aún estoy decidiendo». Adoptando una postura rígidamente correcta, recogió las riendas de su caballo y se volvió para mirar a Desdémona más directamente.

Por un momento, ella vio al joven que recordaba en la calidez de sus ojos. Pero entonces bajó las cejas y dijo bruscamente. «Camina conmigo, Des».

Caminaron uno al lado del otro durante varios minutos antes de que John soltara una risita seca. «Debería haber recordado que nunca eres de los que llenan los silencios con cháchara absurda».

Ella le dirigió una mirada curiosa. «¿Deseas que sea aburrida?»

«Por supuesto que no. Hizo una pausa. «Supongo que te debo una disculpa por no haber estado más... ah, presentable cuando nos vimos anoche». Como Desdémona no respondió, continuó: «El viaje desde Londres resultó bastante duro. Necesitaba algo que me ayudara a relajarme».

Ella no tenía realmente nada que decir a eso. No necesitaba excusarse ante ella por sus hábitos personales.

«Lamento no haberte saludado después de tanto tiempo». Le dedicó una sonrisa. «Has crecido bastante, ¿verdad? Te pareces a mamá».

«¿Me parezco?» No podía imaginar ningún parecido entre el retrato elegante y señorial de la anterior vizcondesa y la imagen que veía en su espejo cada día. Siempre se había considerado más bien sencilla y le parecía bien.

«En efecto», dijo John asintiendo con la cabeza. «Está en los ojos y un poco en la boca. Tampoco sonreía casi nunca», observó distraídamente.

Desdémona contuvo el ceño que se le frunció entre las cejas. Parecía estar diciéndole todo menos lo que había querido que le dijera. Desearía que le hablara sin rodeos.

Pasaron varios minutos más antes de que él preguntara: «¿Eres feliz aquí, Des?».

Hizo la pregunta mientras mantenía la mirada fija en el camino. Aunque ella no podía leer su expresión, su actitud era reacia. Parecía extraño que le preguntara algo así ahora. ¿Se arrepentía de sus años de abandono?

Respiró profundamente el aire terroso y volvió la cara hacia el viento.

¿Era feliz?

Le gustaría viajar un poco algún día y no le importaría hacer un viaje a Londres para explorar la ciudad y experimentar las muchas formas en que se diferenciaba de Staffordshire. Pero ya no le interesaba ser presentada en la corte ni participar en las rondas de socialización exigidas a una debutante. Era demasiado mayor para esas cosas y sólo se convertiría en el hazmerreír de todos.

La verdad era que no sabía a ciencia cierta si *era feliz* en Staffordshire, ya que no tenía con qué compararlo. *Pero no era infeliz.*

Cuando ella aún no había contestado tras un minuto entero, John se aclaró la garganta. «Lo que quiero preguntar es... ¿deseas un marido?»

¡Dios mío, no!

Ella solía pensar en el matrimonio de vez en cuando, cuando era más joven. La idea de tener hijos algún día siempre había sido agradable. Pero se había vuelto demasiado anticuada. Un marido sólo querría cambiarla. «No, hermano, no anhele un marido. Estoy contenta con mi situación actual», aseguró.

Él la observaba con una sutil tensión en sus rasgos. ¿Era culpa? ¿O algo más? Luego asintió con la cabeza y miró sus botas. «Bien. Bien».

Se sumieron en el silencio una vez más, sin hablar hasta que se detuvieron en el patio del establo. Un chico salió corriendo para llevar el caballo a los establos. Desdémona hizo una señal a Jack y Simón para que la siguieran, cosa que hicieron, aunque con renuencia.

Las manos del vizconde temblaron un poco antes de metérselas en los bolsillos del gabán y desviar la mirada hacia la mansión. «Ah, a Isabelle le gustaría que esta noche vuelvas a cenar con nosotros», murmuró. «Si prefieres que no, puedo excusar tu ausencia». Sus ojos castaños volvieron a encontrarse con los de ella. «No quiero que te sientas obligada a entretener a mis invitados. Sé que todos podemos ser muy pesados para alguien que no está acostumbrado a socializar».

John siempre había sido un poco egocéntrico y ajeno a las necesidades o preocupaciones de los demás, así que sus palabras fueron una especie de sorpresa. Pero fue el tono de su voz lo que más le impactó. Nunca había conocido a su hermano con un ápice de inseguridad, pero eso era exactamente lo que ahora percibía en él.

Sacudiendo un poco la cabeza, aseguró: «Me uniré a ustedes si ése es su deseo».

Su expresión se tensó por un momento antes de asentir brevemente y sonreír. «De acuerdo. Es probable que los demás bajen pronto a desayunar. Debería ir a asearme después de mi paseo».

Desdémona observó a su hermano alejarse, reconociendo los aspectos en los que había cambiado y las sutiles cosas que seguían siéndole familiares. Podría haberle preguntado por qué le había escrito tan pocas veces cuando era niña, o por qué se había negado a responder a su petición de debutar, o por qué nunca había vuelto de visita, ni siquiera en vacaciones o en su cumpleaños. Pero se dio cuenta de que no importaba. El pasado era el pasado.

Por no mencionar que su pregunta sobre un marido le recordó lo afortunada que era por la independencia que le había proporcionado su abandono. Si tenía que elegir entre un marido que no quería y una vida solitaria en el campo, la elección era muy sencilla.

Capítulo Seis

Durante los siguientes días, Desdémona desarrolló una estrategia para gestionar el trastorno en su hogar. Durante las mañanas no se levantaba hasta pasadas varias horas, como siempre, ya que ninguno de los londinenses se había levantado. Mientras los invitados desayunaban y hacían lo que fuera para ocupar sus horas diurnas, Desdémona se quedaba en su aposento y se concentraba en su trabajo. Para cuando ella salía a dar su paseo vespertino, los demás solían estar metidos en sus habitaciones para descansar unas horas antes de prepararse para la cena y la noche que inevitablemente venía después.

La única vez que la esperaban era para cenar.

En general, le resultaba interesante observar a los invitados. Todos parecían bastante desesperados por permanecer en un perpetuo estado de entretenimiento. Si no ocurría nada divertido, emocionante o escandaloso, alguien se sentía obligado a provocarlo. Aunque en ocasiones sus payasadas podían ser divertidas e ingeniosas, Desdémona a menudo se sentía desconcertada por su necesidad de constantes diversiones.

De vez en cuando, alguien intentaba que Desdémona participara en sus conversaciones subidas de tono, pero siempre tenía la sensación de que era con el propósito de hacerla a ella el entretenimiento momentáneo.

Una excepción fue lord Rutledge. Se sentaba a su lado en la cena todas las noches y le encantaba preguntarle por su vida en Staffordshire, aunque ella sospechaba que sólo escuchaba sus respuestas a medias. A menudo tenía la sensación de que detrás de sus palabras se escondía alguna intención, y de vez en cuando le sorprendía con una sonrisa que sugería que guardaba algún secreto salaz que estaba esperando a que ella descubriera.

Y luego estaba el conde Vittori.

Después de unas pocas noches, se hizo evidente que no era un miembro habitual del grupo de los Lyndon. Era casi tan observador del grupo como ella, con una clara excepción: las diversas insinuaciones y comentarios socarrones que se lanzaban parecían sugerir que el conde había mantenido relaciones íntimas con varios de los demás invitados en algún momento.

Lord Filbert intentó menospreciar al conde por su reputación, pero fracasó cuando Vittori respondió a un comentario que pretendía avergonzarle con una sonrisa sedosa y la oferta de enseñar a Filbert algunos de sus trucos si el hombre se sentía solo.

La respuesta provocó la risa de los demás mientras Filbert enrojecía de vergüenza.

Cuando volvió la vista hacia el conde, fue para encontrarlo mirándola fijamente, como si tratara de discernir su reacción ante el tema que se estaba discutiendo. A los ojos de Desdémona, parecía tenso a pesar de su suave respuesta a Filbert. Desdémona se preguntó qué se sentiría si se hablara de su vida privada y se escribiera sobre ella para entretener a los demás, y sintió una inesperada simpatía por aquel hombre.

Pero entonces, él bajó las cejas sobre su mirada y levantó su vaso para beber un trago. El momento de contemplación silenciosa quedó efectivamente interrumpido, pero Desdémona se encontró pensando en ello durante mucho tiempo después.

Leander se fue de la biblioteca al amanecer por cuarta mañana consecutiva.

Ya era costumbre que se quedara con el grupo hasta una hora después de que la señorita Littlefield se retirara, antes de escabullirse él mismo y retirarse a la biblioteca para pasar el resto

de la noche.

Y tal como había hecho cada una de las mañanas anteriores, cuando empezaba a salir el sol, se dirigía a la galería de retratos y observaba por la ventana si aparecían los perros lobo.

Sin embargo, ese día había algo más que bruma y niebla, ya que una lluvia constante caía sobre la tierra y golpeaba los cristales de las ventanas. Aun así, observó. No le habría sorprendido ver a la joven salir a dar su paseo diario a pesar del tiempo más agresivo.

Sólo cuando se convenció de que no aparecería, se apartó de la ventana. Pero en lugar de dirigirse al ala de invitados en busca de su cama, recorrió la galería hasta las puertas del fondo.

Leander no era un hombre que se rigiera por sus impulsos. Casi todo lo que hacía era el resultado de una elección muy deliberada y normalmente se basaba en una evaluación de lo que le proporcionaría el resultado más placentero y gratificante.

En aquel momento, sentía un deseo innegable de ver a qué dedicaba su tiempo la señorita Littlefield cuando las lluvias le impedían pasear por el páramo, y no pudo evitar entregarse a aquella compulsión irracional, a pesar de que tenía muy pocas posibilidades de proporcionarle el tipo de satisfacción que su cuerpo había estado anhelando durante los últimos días.

Al abandonar la galería, Leander se adentró en la luz mortecina de la sinuosa escalera de piedra. Sus botas sólo hacían el más suave de los ruidos al ascender. Al llegar al último giro, la escalera se abrió a un rellano iluminado por una ventana lo bastante estrecha como para haber sido una saetera en otro tiempo.

El sonido sordo de la voz de una mujer murmurando una maldición frustrada interrumpió la pesada quietud.

Leander se volvió hacia una gran puerta que había quedado ligeramente entreabierta en el extremo del rellano.

Se dio cuenta de que su presencia en aquella parte de la casa era una intrusión, por no hablar de que era vergonzosamente impropia, teniendo en cuenta que se trataba de los aposentos privados de una joven. Pero nunca se había preocupado demasiado por lo que era correcto. De hecho, prefería lo impropio cualquier día de la semana.

Cruzó el rellano con pasos silenciosos, enroscó los dedos en el borde de la puerta y la abrió lo suficiente para colarse en un corto pasillo. A lo largo de una pared había una silla de madera tallada con un cojín de cuero desgastado. Junto a ella había un par de botas embarradas sobre una estera tejida. De los ganchos de la pared opuesta colgaba una hilera de bufandas y chales de colores gris, marrón y beige.

Leander ya percibía los sutiles aromas de la naturaleza que asociaba con la señorita Littlefield.

Al final del corto pasillo había otra puerta. Ésta estaba abierta de par en par, invitándole a pasar. Leander aceptó de buen grado.

Con la escasa luz de un día lluvioso filtrándose por las ventanas abatibles orientadas al este, la habitación contigua estaba quieta y silenciosa, como si aún no se hubiera despertado. Era un espacio intrigante que contenía una extraña mezcla de antiguo y moderno. Como si el diseñador estuviera restaurando el salón para devolverle su aspecto de cientos de años atrás, pero lo estuviera haciendo pieza a pieza y aún no hubiera encontrado todos los elementos para completar la transformación.

Otra maldición murmurada llegó a sus oídos. Leander sonrió, reconociendo la inconfundible voz de la señorita Littlefield. Siguió el sonido hasta otra puerta abierta.

La habitación que había más allá era más pequeña que la que acababa de dejar y estaba iluminada por lámparas de gas, con la mayor concentración de luz derramándose sobre un

escritorio de gran tamaño que ocupaba mucho espacio. Un acogedor sofá daba a la chimenea y frente a él había una mesa baja que podría haber servido para servir el té si no fuera porque estaba cubierta de pilas de libros. De hecho, había más libros por toda la habitación, en todos los espacios disponibles y en todas las superficies planas.

Sin embargo, no se veía a la señorita Littlefield por ninguna parte.

Entonces escuchó un murmullo incoherente de frustración justo antes de que el sonido de una de esas muchas pilas de libros cayendo al suelo resonara desde detrás del escritorio.

La anticipación aligeró sus pasos mientras cruzaba la habitación para echar un vistazo detrás del imponente mueble.

La señorita Littlefield estaba vestida de nuevo con un sencillo vestido, éste de color azul desteñido, y llevaba el pelo castaño suelto por la espalda, con sólo una fina trenza que le apartaba el pelo de la cara. Estaba arrodillada junto a una pila desordenada de libros mientras los rebuscaba, obviamente buscando uno en particular.

Leander levantó la cadera y se apoyó en el borde del escritorio, levantando una pierna del suelo. Tuvo cuidado de no alterar los numerosos libros y papeles esparcidos por la superficie. Un rápido vistazo permitió identificar mapas regionales y dibujos arquitectónicos, junto con unos cuantos bocetos toscamente dibujados de lo que parecían ser ovejas en diversos pastos.

La diversión se mezcló con la curiosidad al punto que no supo qué expresar primero, así que se mordió la lengua. Al volver la vista hacia la mujer en el suelo, vio que al parecer había encontrado el libro que buscaba, ya que lo tenía abierto sobre las rodillas. Las yemas de sus dedos manchados de tinta recorrían suavemente la página mientras ojeaba un pasaje.

Al cabo de un par de minutos y unas cuantas páginas más, se dio cuenta de que no tenía ninguna prisa por levantarse.

Tampoco parecía probable que se percatara pronto de su presencia.

Leander, poco acostumbrado a ser ignorado, carraspeó suavemente. «¿Qué clase de texto podría ser tan vitalmente importante a una hora tan temprana que ni siquiera puede molestarse en buscar su asiento para leerlo?».

«Es un relato de primera mano sobre un accidente minero en el que murieron siete hombres en 1734», respondió ella sin molestarse en levantar la cabeza. Su concisa respuesta fue seguida de una breve pausa, luego se puso rígida e inclinó la cabeza hacia atrás para mirarle con un surco de confusión entre las cejas. «Conde Vittori. ¿Se ha vuelto a perder?»

Su sonrisa surgió con facilidad al responder: «No. Creo que sé exactamente dónde estoy».

«Entonces usted debe saber que esto forma parte de mi suite privada», observó ella aunque no se movió para levantarse del suelo. «Los invitados no son bienvenidos aquí».

Su franqueza no dejaba de encantarle. «Pero la puerta estaba abierta y el contenido de la habitación es tan atractivo».

Se levantó con elegancia antes de que él tuviera la oportunidad de tenderle la mano. Una vez frente a él, señaló el libro que tenía en la otra mano. «¿Me permite?»

Su expresión pasó de la confusión a un suave recelo, pero se lo entregó de todos modos. Manteniéndola en su sitio con el pulgar, cerró la tapa para leer el título.

Enarcó una ceja. «Es imposible que este tipo de cosas te parezcan interesantes».

«En realidad, me parece fascinante, aunque entiendo que a un hombre como tú le parezca aburrido».

«¿Un hombre como yo?» Su sonrisa se ensanchó a su pesar.

Ella agitó la mano en un gesto de impaciencia. «Un hedonista. Un rufián», aclaró.

Le sorprendió no detectar censura en su tono ni juicio en su mirada. Se limitó a exponer los hechos tal como los conocía.

Inclinó la frente hacia ella. «¿Qué le hizo pensar eso de mí?

«Recibimos los periódicos de Londres aquí, en Staffordshire», señaló con una ceja levantada y una apenas perceptible mueca en la comisura de los labios.

De modo que había leído sobre él en las hojas de escándalos. «¿Por eso no te gusto?

Su mirada oscura no se apartó de la de él. «No le conozco, milord».

«¿Le gustaría?» No era su intención el tono bajo de intimidad que entró en su voz con la pregunta. Tampoco se arrepintió cuando vio que los ojos de ella se abrían ligeramente.

Habría esperado que ella retrocediera con recelo ante su atrevida insinuación. En cambio, la fascinante criatura se detuvo a estudiarlo un momento. Miró brevemente la mano de él extendida sobre su trabajo, lo que le provocó otro gesto de desconcierto antes de centrar su atención en el muslo de él, estirado a lo largo del borde de su escritorio. Después volvió a mirarle a la cara, fijándose un momento en la curva de sus labios antes de llegar a sus ojos.

Su mirada, breve pero minuciosa, le provocó una inesperada oleada de deseo. Por un momento, se sintió al borde de la expectación, esperando su aprobación, su aceptación.

Entonces, una leve arruga frunció su tersa frente y ella preguntó: «¿Intentas seducirme?».

Si pudiera.

Leander se atrevió a mirarla inquisitivamente. «¿Está funcionando?»

Por un segundo frunció la boca, inspirando otra oleada de calor en la sangre de él. Luego entrecerró los ojos y volvió a mirarle la boca. «No estoy segura.

Él no pudo contener su diversión. «Puedo decir sinceramente que nunca antes había recibido esa respuesta. Me hiere, señorita Littlefield». Desgraciadamente, la carcajada en su voz provocó una ligera rigidez en los hombros de ella, que estiró el brazo para quitarle el libro de la mano y dejarlo a un lado sobre el escritorio.

«Dudo que haga algo más que agitar el aire con mi paso», observó con un deje de distracción.

«Yo diría que es usted muy agitadora», asintió Leander, dándose cuenta de que probablemente ella no sabía hasta qué punto eso era cierto en su caso.

Ella hizo una pausa en el acto de revolver sus papeles para mirarlo con el rabillo del ojo. «Ahora te burlas de mí».

«No», respondió él. «Creo que eres asombrosa».

«Divertida, querrás decir».

Ladeó la cabeza. «Tal vez un poco. Pero no pretendo ofenderte. Mi aprecio es sincero, se lo aseguro. ¿Por qué es tan difícil de creer?»

Ella buscó su mirada por un momento. Él no estaba seguro de si había encontrado lo que buscaba cuando ella suspiró y se volvió para volver a apilar los libros que se habían caído antes. «Me doy cuenta de que te parezco rara... y a los demás».

«No hay nada malo en ser único». Se levantó del escritorio para agacharse a su lado y ayudarla a recoger los volúmenes perdidos.

«Por supuesto que no», respondió ella, haciéndole sonreír de nuevo.

«¿Puedo preguntarle en qué trabajas con tanta diligencia?

«Estoy escribiendo una historia completa de los residentes de Bilberry Hall que se remonta a una época anterior a Guillermo el Conquistador».

«Parece una tarea ambiciosa».

Ella le lanzó una rápida mirada de reojo, pero no dijo nada.

Cuando los libros volvieron a estar cuidadosamente apilados, Leander se incorporó y le ofreció la mano. Ella pareció tomarla sin pensárselo, deslizándose sus cálidos y delgados dedos por la palma de su mano. Pero una vez que estuvieron frente a frente en el pequeño espacio detrás de su escritorio, ella se miró las manos entrelazadas bastante sorprendida por el contacto.

A él le pareció interesante que ella no intentara retirar su mano de la de él. En cambio, parecía estar considerando detenidamente algo.

Cuando levantó la mirada para encontrarse con la suya, Leander volvió a sentir esa silenciosa oleada de deseo. Parpadeó como la llama de una vela detrás de su esternón antes de expandirse cálidamente por su sangre.

Leander conocía bien el deseo. No se consideraba un fanfarrón al afirmar ser un experto en cultivarlo, explorarlo, llevarlo hasta sus límites. Su vida había sido un estudio sobre la mejor manera de utilizar su propio deseo y el de los demás para obtener la mayor recompensa.

Pero esto... Esto era extrañamente diferente a todo lo que había experimentado hasta entonces.

Mientras intentaba averiguar qué lo hacía tan inusual, notó un cambio en la mujer que tenía delante. Sus mejillas adquirieron un tono rosado muy claro, casi imperceptible, sus ojos se oscurecieron al expandirse los centros negros y sus labios se suavizaron en el momento justo antes de apretarlos y soltar su mano de la de él.

«No deberías estar aquí», dijo en un tono uniforme pero decididamente severo. «Es hora de que te vayas».

Él también la atraía. Y eso la preocupaba.

Ese conocimiento provocó otra llamarada de calor en su interior. De repente, lo único que deseaba era quedarse con ella en aquella oscura y silenciosa habitación, rodeado del olor a humedad de los libros y de su dulce aroma a madre selva. Retrocedió un paso y le dirigió una sonrisa ganadora. «Por supuesto, tesoro mío. Pero antes de irme, me pregunto si podría prestarme un libro de su colección. Algo que me ayude a dormir».

Sus ojos se abrieron de par en par. «¿Recién ahora te diriges a tu cama?».

«A veces tengo problemas de insomnio», respondió él con ligereza, sin querer admitir que acababa de pasar varias horas leyendo a solas en la biblioteca. Eso haría que su petición de un libro sonara sospechosa cuando realmente estaba interesado en leer algo de ella. «Sólo un libro, luego te dejo continuar con tu trabajo». Sonrió suavemente. «Te lo prometo».

Su mirada se detuvo en la de él y de nuevo tuvo la sensación de que ella sentía algo más que el leve enfado que había demostrado ocasionalmente desde su aparición en su santuario interior.

Luego hizo un gesto despreocupado con la mano y volvió a concentrarse en su trabajo. «Puedes elegir un libro. Pero debes devolverlo una vez que hayas terminado con él. No puedo permitir que se pierda ni uno solo de los volúmenes. El contenido es demasiado valioso».

Una excusa perfecta para volver a su intrigante guarida.

Disimuló su placer dando un lento paseo por su pequeño estudio, mirando aquí y allá las diferentes pilas de libros a su paso. Vio un número considerable de títulos dedicados a temas de historia, ganadería, agricultura y política. También había estudios más oscuros sobre maquinaria inventiva y estrategias bélicas y no pocos títulos dedicados al avance de las antiguas prácticas médicas en las zonas rurales.

Después de varios minutos de hojear diligentemente su colección en un intento de retrasar su partida, miró por encima del hombro y la vio sentada en su escritorio, inclinada sobre un libro mientras garabateaba furiosamente en el papel que tenía al lado.

Se había olvidado por completo de que él estaba allí.

Capítulo Siete

Desdémona tomó nota de los detalles de un informe contradictorio que acababa de encontrar y anotó mentalmente que volvería a comprobar su fuente anterior para ver si había alguna explicación para la discrepancia. Mientras agarraba otra hoja de papel, echó un rápido vistazo a la habitación.

Él seguía allí.

Eso la puso nerviosa. De una manera emocionante, que la dejaba completamente desequilibrada.

Debería haberlo echado de sus aposentos privados en cuanto levantó la vista y vio sus labios sensualmente sonrientes y su mirada impactante. Ridículo, pero sinceramente había sentido como si el corazón le hubiera dado un vuelco al verle.

El conde Vittori era salvaje, pícaro y escandaloso en todos los sentidos. Aunque no hubiera leído sobre él durante años en las páginas de cotilleos, lo habría sabido en cuanto lo conoció en los páramos. Su presencia era demasiado eléctrica e íntima para un caballero.

Era peligroso. Y ahora se paseaba por su estudio como si fuera de su propiedad.

Observarle a hurtadillas en su espacio personal -entre sus cosas más íntimas- resultaba extremadamente desconcertante. Pero no tanto como la posibilidad de que él realmente quisiera seducirla.

Recordó el momento en que sospechó que ésa era su intención con una oleada de hormigueo. Él había respondido a su pregunta con una respuesta burlona, pero ella sospechaba que le costaría muy poco esfuerzo si su verdadera intención era seducirla.

Probablemente ya estaba medio instruida.

Le gustaba cómo le sonreía y cómo la miraba, como si fuera un acertijo cuyo significado estaba decidido a encontrar. Aquella intensidad escrutadora de sus ojos despertó algo en lo más profundo de su ser, calentándole el vientre y acelerándole el pulso. Su sensualidad era demasiado potente. Era evidente en su intensa mirada y en la coqueta e irreverente curva de sus labios, en el suave ritmo de sus movimientos y en la riqueza de su voz. Lo sentía en cada respiración. Se le colaba por la piel.

Y, francamente, deseaba más.

Aunque tenía muy poca experiencia con los hombres en general y ninguna en absoluto con un hombre como Vittori, Desdémona no ignoraba por completo esas cosas. Sus años de lectura de los diarios personales de sus muchos antepasados le permitían tener una perspectiva única de cómo la lujuria y las pasiones íntimas podían suscitarse en una persona. Ciertamente, lo suficiente como para comprender que lo que estaba experimentando como reacción al sofisticado y apuesto conde Vittori era deseo.

Lo observó inclinarse hacia delante para examinar una hilera de libros en la estantería de su esquina. Estaba de espaldas a ella mientras examinaba los esbeltos volúmenes, lo que le dio la oportunidad de admirar la gran anchura de sus hombros bajo el abrigo que aún llevaba. Se fijó en la longitud y la musculatura de sus miembros y luego se fijó en la forma en que su pelo negro le caía desordenadamente sobre las orejas y el rígido cuello blanco.

Era una mezcla perfecta de elegancia y descarada indiferencia, que sugería que conocía todas las reglas que el mundo empleaba, pero que simplemente decidía no seguirlas.

Peligroso.

Cuando él se acercó para sacar un libro de la estantería, Desdémona volvió a centrar su atención en las notas que tenía delante. Pero no pudo leer nada de lo que había escrito mientras lo escuchaba pasar las páginas en silencio. Cuando emitió un zumbido en la garganta, sintió un cosquilleo en su nuca. Levantó la vista y lo vio sentado en el brazo de su sillón de lectura, con una pierna fuerte apoyada firmemente en el suelo y un delgado volumen abierto en su gran mano mientras leía un pasaje.

Reconoció el libro de inmediato: el diario de lady Anne Hathebury, hermana de la tatarabuela de Desdémona. No le sorprendió lo más mínimo que él se las arreglara para localizar el diario más salaz de su colección.

Haciendo una pausa en su lectura, le lanzó una mirada de reojo cargada de pensamientos pecaminosos. «Tesoro mío», dijo, las palabras italianas sonando excepcionalmente ricas y aterciopeladas en su voz baja, “dime que no has leído esto”.

Desdémonaladeó la cabeza. Si pensaba avergonzarla, no iba a funcionar. «He leído todos estos libros. Algunos varias veces».

Algo parpadeó en sus ojos claros, haciendo que los músculos de sus muslos se tensaran. Levantó el libro que tenía en la mano con un pequeño gesto y preguntó: «¿Este? ¿Has leído los perversos relatos de esta dama más de una vez?».

Ella comprendió su incredulidad. No era precisamente el tipo de lectura que una joven solía asimilar. Pero hacía mucho tiempo que nadie le decía a Desdémona lo que podía o no hacer. Levantó las cejas en un sutil desafío. «La vida de lady Ana fue a veces escandalosa, pero también sufrió grandes tragedias y triunfos. Su historia va mucho más allá de sus experiencias sensuales».

Bajó las cejas y la miró fijamente desde el otro lado de la habitación. Había algo en su expresión que ella no había detectado antes en él. No estaba segura de lo que significaba, pero le hizo revolotear el vientre y le cortó la respiración.

Carraspeando, añadió. «Sin embargo, teniendo en cuenta el contenido con frecuencia... estimulante de sus artículos, puede que no sea el mejor material para que alguien lo lea cuando está intentando conciliar el sueño».

La risita de él era cálida y rica, y el efecto que le produjo fue visceral, recorrió sus sentidos y se instaló con un cálido pulso entre sus muslos. El destello casi depredador de sus dientes envió un zumbido de sensaciones a ese mismo punto bajo. «Sospecho que podré soportarlo», respondió él con suavidad.

«Sospecho que sí», replicó ella, casi ruborizada por el temblor de su voz.

Se puso en pie. Con la mirada fija en la de ella, hizo una elegante reverencia. «Gracias por el préstamo, señorita Littlefield. ¿La veré esta noche en la cena?»

Desdémona asintió. «Supongo que sí».

Con otra rápida sonrisa, abandonó la habitación.

Cuando se marchó, hizo un esfuerzo por volver a su trabajo, pero sus pensamientos estaban demasiado dispersos y desorganizados. No dejaba de pensar en lo que Vittori estaba leyendo mientras él estaba sentado a solas en su dormitorio.

Lady Anne era mucho más que sus actividades de alcoba, pero los giros más bien trágicos de su vida sólo hacían que el placer que buscaba fuese mucho más conmovedor en contraste. Su historia era conmovedora en más de un sentido, pero las únicas partes que Desdémona parecía capaz de recordar con detalle aquella mañana eran los pasajes explícitos que detallaban las experiencias de la dama con sus numerosos amantes.

Comprendiendo por fin que no conseguiría hacer gran cosa en su actual estado de ánimo,

Desdémona se calzó las botas de caminar y se envolvió en el viejo abrigo de su padre antes de recoger a Jack y Simón para salir a pasear a pesar de la lluvia, que seguía cayendo de forma constante.

Capítulo Ocho

«Puedes contármelo», sugirió Leander en un tono despreocupado.

Isabelle se volvió hacia él con una sonrisa brillante y totalmente falsa. Estaban frente a la chimenea del salón rojo, donde todos se habían reunido después de la cena. «¿De qué hablas?»

Leander ignoró su esfuerzo de disimulo mientras bebía vino.

En los últimos días se había hecho evidente que este viaje a Staffordshire no se había organizado por capricho. El hecho de que los números de la fiesta se equilibraran perfectamente con la inclusión de la señorita Littlefield demostraba que Isabelle había planeado la fiesta pensando en la asistencia de la joven, lo cual no habría sido inusual en la mayoría de los escenarios, pero Isabelle nunca antes había mencionado siquiera la existencia de su cuñada. Y aunque Leander se sintió encantado por la falta de refinamiento social de la señorita Littlefield, esa falta de mundanidad normalmente inspiraría el desprecio de Isabelle; sin embargo, su hermanastra había adulado a la joven desde su llegada.

Manteniendo un tono ligero e informal, enarcó una ceja. «Tengo curiosidad. ¿Qué es lo que quieres de ella?»

Los ojos de Isabelle se abrieron de par en par y sus labios se fruncieron como si retuviera una sonrisa. «Nada. Creo que ya es hora de que la pobrecita experimente un poco de emoción. No puedo imaginar lo aburrida que debe ser su vida, encerrada aquí sola».

Leander estuvo a punto de afirmar que era probable que la joven estuviera mucho más contenta con su vida que cualquier otra persona de la sala. Miró hacia donde ella estaba sentada en el centro de un estrecho sofá.

A su izquierda se encontraba uno de los oradores más hábiles de la Cámara de los Lores, que también era el mayor benefactor de una exclusiva y especializada casa de recreo. A su derecha se sentaba el barón Tyrell, y sobre su hombro estaba su esposa, que se inclinaba hacia delante para susurrarle algo al oído. Y a poca distancia estaba Lord Rutledge, de pie delante del grupo, que sonreía con picardía a la joven del centro con una mirada inquietantemente posesiva.

A Leander se le retorció el estómago.

La señorita Littlefield era demasiado inocente para comprender el nivel de vicio y libertinaje que se había apoderado de su hogar. No tenía ni idea de que corría peligro de ser devorada por la maldad que la rodeaba.

E Isabelle la había colocado allí intencionadamente. ¿Por qué?

Miró hacia Lyndon, que estaba sentado cerca, medio escuchando la conversación de los que estaban en el sofá con mirada vacilante. «¿Se ha enterado su marido de que ha convertido a su hermana menor en uno de sus peones?».

La vizcondesa se rió. «No seas ridículo, querido. Pretendo hacer de la pequeña Desdémona la reina».

Levantando la ceja con sutil diversión, replicó: «Nunca has sido de las que comparten su corona».

Los ojos de Isabelle brillaron y su sonrisa era casi íntima cuando inclinó la cabeza hacia él para susurrarle: «Nunca he tenido una razón tan *lucrativa* para hacerlo».

Leander ocultó cuidadosamente su creciente aprensión. No había nada que Isabelle disfrutara más que hacer alarde de su astucia. Fuera lo que fuese lo que había inspirado su retorcido plan, se moría de ganas de revelárselo a alguien. Y nunca había sido capaz de ocultarle

nada a Leander durante mucho tiempo.

Le dedicó una sonrisa alentadora. «Sólo tú podrías encontrar alguna forma de sacar provecho en los desolados páramos».

Isabelle se inclinó hacia él, su delgado hombro presionando íntimamente el suyo. «Nada desolado, mi querido hermano». Su voz se redujo a un murmullo. «Tal vez no lo creas, pero en esta pequeña finca rústica se asienta uno de los yacimientos de hierro más ricos del país».

«Aunque todo eso es fascinante», observó Leander con aire distraído, “no veo qué tiene que ver con la hermana de Lyndon”.

«Por algún ridículo acuerdo, hasta que se case, todos los beneficios de esta finca pasan a nuestra bella Desdémona», replicó Isabelle con un deje de fastidio en el tono. «John y yo no vemos nada de eso».

Eso sí que era interesante.

Leander dio un sorbo a su vino mientras consideraba el inesperado giro. La avaricia de su hermanastra no tenía límites. Aunque ella y Lyndon eran más ricos que la mayoría, la idea de que algo que ella quería estuviera fuera de su alcance la motivaba a hacer todo lo posible.

Miró hacia el sofá.

Los Tyrell se habían alejado y ahora Lord Rutledge había tomado asiento junto a la señorita Littlefield. De repente, Leander vio muy claro el plan de Isabelle. «Pretendes casar a la muchacha», observó secamente. «¿Con Rutledge?»

La vizcondesa siguió su mirada hacia la pareja. Se encogió sutilmente de hombros y suspiró. «Está envejeciendo y pronto querrá un heredero».

También era un canalla y un déspota hasta su negra alma.

Todo el mundo sabía cómo era el hombre con sus mujeres. Duro, exigente, frío. Rutledge era un bastardo egoísta y arrogante que aplastaría a Desdémona como a una flor silvestre bajo su talón.

«Espero una oferta en cualquier momento», se regodeó Isabelle en voz baja.

Leander se erizó. «¿Por qué no llevarla a Londres, donde podría tener una mayor selección para encontrar un marido de su elección?».

Isabelle hizo un gesto desdeñoso con su delgada mano. «Costaría demasiado equipar a la muchacha y, francamente, llevaría demasiado tiempo. Preferiría que fuera rápido y eficaz». Luego se rió. «Además, es demasiado mayor y... extraña para debutar en Londres. No puedo arriesgarme a pasar vergüenza».

«Así que se la darías de comer a tu lobo mascota», observó Leander con frialdad.

«Rutledge es rico, guapo y muy mundano. No podría hacerlo mejor por su cuenta, te lo aseguro. Debería estar agradecida de que me haya interesado por su futuro».

«El futuro de sus ganancias, querrás decir».

Ella le miró con una sonrisa mientras le rozaba la mano con los dedos. «El futuro de mis beneficios, cariño», susurró, y luego se pasó un dedo por los labios, indicando su deseo de que mantuviera su pequeño plan en absoluto secreto, antes de hacerle un guiño travieso y marcharse.

Leander comprobó con cierto alivio que la señorita Littlefield se había marchado, dejando atrás a Rutledge. Y a juzgar por el semblante sombrío del hombre, a Rutledge no le agradó demasiado su abandono.

Chica lista, pensó moviendo los labios. Puede que no sea tan fácil de manipular como Isabelle creía.

Al regresar de su paseo matutino con Jack y Simón, Desdémona estaba ansiosa por

volver a su trabajo. Tras cinco largos años, la historia de su familia y su larga relación con la zona y la finca estaba casi terminada. De no ser por los visitantes londinenses, podría haberla terminado ya.

Sin embargo, al entrar en su estudio, se detuvo bruscamente.

Un fino y crepitante relámpago de conciencia se extendió a través de todos sus nervios. Su sangre zumbó con una anticipación visceral. Y su pulso se aceleró a un ritmo desenfrenado.

El conde Vittori estaba sentado -o tumbado, en realidad- en un rincón del sofá. Uno de sus tobillos descansaba sobre la rodilla opuesta y el diario de lady Ana estaba abierto en una de sus grandes manos, mientras él se pasaba el pulgar de la otra por el labio inferior mientras leía.

Aunque ella no hizo ningún ruido, él levantó la vista y su expresión se transformó inmediatamente en una sonrisa descaradamente sensual.

Reconociendo el efecto que aquella sonrisa tenía en su cuerpo, Desdémona respiró con mesura. «Creí haberte dicho más de una vez que en estas habitaciones no se admiten invitados».

Sus labios se torcieron con pesar. «Así es».

«Por lo visto, no te gusta seguir las normas», observó ella, afirmando lo evidente.

Él levantó una ceja y replicó con suavidad: «Yo diría que a ti tampoco te gusta seguir las».

Ella apretó los labios antes de reconocer la verdad de sus palabras. «Tienes razón. Prefiero crear mis propias reglas».

En ese momento, los ojos de Vittori brillaron y bajó la barbilla. Su cabello negro despeinado caía en encantador desorden sobre su frente mientras ladeaba los labios en una sonrisa que provocó un elegante retorcimiento en lo más bajo de su vientre. «He venido a devolver lo que me habías prestado. Todavía en excelentes condiciones, como prometí».

«Al parecer continuas leyéndolo».

«Sólo repasando mis partes favoritas», respondió él en un tono tan rico como el vino tinto que tanto le gustaba.

Haciendo todo lo posible por controlar la repentina falta de aliento que parecía estar sufriendo, Desdémona redirigió: «Me alegro de que lo hayas disfrutado. Lady Anne llevó una vida excepcional y era toda una artista de la palabra».

Asintió mientras se ponía en pie. «Así es». Mirándola a los ojos, añadió con seriedad: «Su fortaleza era asombrosa. A pesar de todas las desgracias que le deparaba la vida, nunca perdió la fe en su capacidad para sobreponerse y encontrar la felicidad».

A Desdémona le sorprendió su observación. «Nunca permitió que nadie más definiera quién era, aunque ciertamente lo intentaron».

«Incluso los que decían quererla más», añadió pensativo. La comisura de su boca, finamente arqueada, se curvó de un modo que ella nunca había visto antes. Era sutil y ella no podía entender lo que expresaba. Creyó que no era diversión ni burla. Era demasiado íntimo y reservado para ser eso.

«Sobre todo ellos», respondió Desdémona.

Nunca había tenido a nadie con quien hablar de las personas que había llegado a conocer tan íntimamente a través de sus propias palabras. Poder compartir la historia de lady Anne le parecía una forma de honrar a la mujer y la vida tumultuosa que había vivido.

Aunque la conversación había llegado a una pausa natural, no podía apartar la mirada de sus ojos mientras la calidez se extendía por ella, ablandando sus huesos y arremolinándose en su estómago.

No recordaba haberse acercado más a la habitación mientras hablaban, pero ahora estaba

justo delante de él. Cuando él le tendió el diario, ella lo tomó automáticamente, notando cómo la calidez de su mano había impregnado el familiar cuero gastado antes de incorporarlo a una pila de libros que descansaba sobre la mesa a su lado.

Cuando volvió a mirarlo, vio un destello pecaminoso en el fondo de sus ojos. «Por supuesto, también estaban las -¿cómo decirlo?- inclinaciones desviadas de la dama».

Desdémona sabía que acabaría sacando el tema y, sorprendentemente, también quería hablar de ello con él. «Pero, ¿eran desviadas?

Él enarcó las cejas con fuerza.

Echando un vistazo a los otros diarios que cubrían la estantería detrás de ella, Desdémona continuó: «Lo que quiero decir es que, aunque no todos mis antepasados hablaban de sus experiencias íntimas con tanto detalle como lady Ana, lo cierto es que aludían a comportamientos similares y, en ocasiones, bastante disímiles.»

Sus ojos azul-grisáceos relampaguearon. «¿Lo hacían?» Las dos palabras exhibieron un tono ligeramente áspero.

«Lo hacían». Aunque podía sentir cómo se le calentaba la cara ante el tema tan inapropiado, Desdémona llevaba tiempo preguntándose por esa cuestión. Ahora tenía a la persona perfecta para hablar de ello. «Al pensar en lo variadas y... creativas que habían sido sus actividades, me parece que hay muy pocas cosas que deban considerarse desviadas cuando se trata de las preferencias de alguien en el dormitorio».

«Una deducción intrigante», murmuró grueso. «Durante tu amplia investigación, ¿no te chocó nada en absoluto?».

Desdémona notó el oscurecimiento del anillo que rodeaba sus ojos claros y cómo le hacía apretar el vientre. «La única práctica que me hizo dudar fue la de un señor que requería un elemento de violencia para alcanzar un alivio placentero».

El conde asintió lentamente, como dándose tiempo para responder. «Algunas personas experimentan su placer a través del dolor. Puede ser muy agradable si todas las partes implicadas están informadas de lo que les espera y están de acuerdo. Hay formas de asegurarse de que el juego no llegue demasiado lejos».

El tono pesado de su explicación provocó un profundo cosquilleo en su piel. Por impulso, le preguntó: «¿Disfrutas del placer con el dolor?».

En sus ojos se encendió una luz desconcertante y se dio cuenta de que había cruzado un límite social con aquella indiscreta pregunta. Debería retractarse, pero antes de que pudiera hacerlo, él bajó la barbilla y respondió: «A veces».

Una oleada de calor la hizo apretar los muslos. Debería haber intuido que él respondería así. Y que su respuesta la afectaría tanto. «Lady Anne descubrió que disfrutaba cuando sus amantes la ataban ingeniosamente con una cuerda». Hizo una pausa, preguntándose por su propia desfachatez. «¿Alguna vez has... restringido a tus amantes de esa manera?»

La repentina e intensa carnalidad de su sonrisa le cortó la respiración. «Sería más revelador preguntar qué no he hecho, tesoro mío», susurró él en tono sombrío.

Su respuesta fue inmediata. «¿Qué no has hecho?»

«No mucho», respondió él.

Desdémona se preguntó cómo era posible que sus piernas aún la sostuvieran, tan débiles se habían vuelto ante el crudo timbre de su voz.

Entonces, el conde Vittori bajó la mirada -unas gruesas pestañas negras barrieron la intensidad de su mirada-, rompiendo bruscamente la conexión.

Había ido demasiado lejos y había provocado una situación incómoda. Y justo cuando

sentía que estaba descubriendo algo... «Lo siento. No debería haberme entrometido en algo tan personal. A veces me olvido de mí misma», murmuró.

Él le devolvió bruscamente la mirada. «Nunca te disculpes por hablarme claro», afirmó decididamente. «Estoy demasiado familiarizado con la gente que oculta sus verdaderos pensamientos tras ingeniosas insinuaciones y dobles sentidos. Tu abierta curiosidad es refrescante y... vigorizante».

Todavía ardía en sus ojos un calor pecaminoso, pero también había algo más. Entre la confianza sensual y la virilidad manifiesta se escondía una profunda sombra de desconfianza.

La cautela la sorprendió y le causó una repentina constricción en el corazón. «¿Qué os preocupa, mi señor?», preguntó en un pesado murmullo.

La comisura de sus labios se curvó con pesar. «Me preocupa tu inocencia».

Desdémona se puso rígida al percibir su tono. No le gustaba que la subestimaran. «Tal vez no sea tan inocente como crees.»

Su risa fue un rumor aterciopelado que le acarició el bajo vientre. «Sí, lo eres».

«No confundas la falta de experiencia con ingenuidad».

Ante la insistencia de ella, la cautela se acentuó en su expresión.

Dio un paso hacia ella, reduciendo el espacio que los separaba a unos pocos centímetros. Su cuerpo masculino y macizo emanaba calidez y su aroma la envolvió: una embriagadora mezcla de vino tinto, clavo y ámbar negro. Le gustaba cómo se mezclaba con el olor de los libros viejos y la tinta fresca. Y estaba bastante segura de que le gustaba cómo la hacía sentir cuando la miraba con tranquila preocupación, como hacía ahora.

«Permíteme advertirte algo», dijo bruscamente.

«¿Qué clase de advertencia?»

Rodó los labios contra la punta de la lengua para humedecerlos antes de hablar. Observar aquella acción innatamente sensual hizo que a Desdémona se le estremecieran las entrañas en un suspiro.

«Hay gente en esta casa que quizá no tenga en mente tus mejores intereses».

Inspiró profunda y pesadamente. Inclinando la cabeza hacia un lado, contestó:- ¿Te refieres a mi hermano, que no consigue levantar la cabeza de la copa el tiempo suficiente para darse cuenta de que estoy en la habitación? ¿O tal vez a lady Lyndon, que parece empeñada en ahogarme en efusivos cumplidos?». Ladeó los labios con una media sonrisa. «¿O tal vez te refieres a sus encantadores invitados, que en el mejor de los casos parecen considerarme una mascota divertida?».

Su ceño fruncido era casi entrañable. «Lo tomas a la ligera, pero no deberías subestimar a esta gente. Sus intenciones rara vez son puras».

Reclamó su mirada con más atención. «¿Y qué hay de vos, mi señor? ¿Cuáles son sus intenciones?»

Una luz peligrosa brilló en sus ojos, como un relámpago en un cielo nublado. Un sonido salió, rico y embriagador, del fondo de su garganta cuando bajó la cabeza hacia la de ella. «En quien menos deberías confiar es en mí».

Sus palabras la estimularon, la excitaron y la dejaron maravillosamente sin aliento.

Su voz era apenas un susurro cuando respondió: «No ha considerado, mi señor, que podría no confiar en ninguno de ustedes».

«Prométeme que tendrás mucho cuidado», murmuró él.

«Es una petición bastante subjetiva. Lo que es cuidadoso para uno puede no serlo para otro», replicó ella.

Sus labios se entreabrieron como si quisiera decir algo, pero contuvo las palabras mordiéndose el labio inferior.

Había mucho calor en el aire que los rodeaba. Y en su interior, un fuego que había permanecido dormido durante mucho tiempo se encendió con toda su fuerza. Se vio azotado por los vendavales de la desesperación silenciosa, la soledad y la audacia, que no hicieron sino aumentar las llamas.

Levantando la mano, le pasó los nudillos por la curva de la mejilla. El fuego en el interior de Desdémona se arremolinó en una danza salvaje, extendiendo un calor hormigueante a todas sus extremidades y entre sus piernas. Respiró hondo y contuvo el aliento.

Cuando los dedos de él se dirigieron a su barbilla, su mirada se posó en su boca. El hambre brillaba en sus ojos mientras le pasaba suavemente el pulgar por el labio inferior, el mismo pulgar que hacía unos instantes había pasado por su propio labio. «Tal vez no seas tú la que está en peligro después de todo», murmuró en tono sombrío. Sus ojos encontraron los de ella y el calor de su aliento le acarició los labios mientras susurraba: «Empiezo a sospechar que eres mucho más peligrosa para mí de lo que podría ser yo para ti».

Capítulo Nueve

Leander pensaba que sabía todo lo que había que saber sobre la lujuria, la insaciable sed de placer.

Pero Desdémona, con esa mirada serena y desafiante y esa curiosidad inocente, le provocaba un hambre que nunca antes había experimentado.

Cuando le rozó el labio inferior con la yema del pulgar y vio la llamarada de deseo en su mirada, lo único que quiso fue arrodillarse y adorarla. A pesar de lo que ella decía sobre su inocencia, las imágenes perversas que llenaron su mente en ese momento la habrían estremecido hasta los pies.

Sólo un beso.

Podría reclamar su boca, sólo por un momento o dos, compartir su aliento, saborear la dulzura de su lengua. Luego se alejaría y la dejaría indemne. Intacta.

Deslizó la mano por debajo de la pesada cabellera para acariciarle la nuca. Su piel era tan cálida y suave. Y su aliento, al recorrer su garganta, le tomó el pulso. Al mirarla con languidez, Leander se vio obligado a reconocer la opresión que sentía en el pecho. Era una sensación que nunca había sentido y que nunca había querido sentir.

Pero aquella mujer la provocaba con demasiada facilidad. El impulso de proteger. El deseo de reclamar. El anhelo de conservar...

La abrazó así durante un largo rato, con la yema del dedo presionando el pulso bajo la oreja y la mirada fija en los ojos de ella, oscurecidos por un intenso deseo. Ella estaba esperando. Deseando. Él podía verlo. Podía sentirlo.

Pero aquella extraña opresión en el pecho lo mantenía inmóvil. Por una vez, tenía a una mujer con el fuego de la lujuria en la sangre y no sabía cómo se desarrollaría el escenario. Le gustaba planear sus seducciones hasta el más mínimo detalle, pero no tenía nada planeado cuando se trataba de esta mujer. No había astucia en ella. Actuaba sólo por instinto. Y eso le resultaba aterrador.

Sus dedos se tensaron alrededor de su cuello y sus labios se separaron en una rápida inhalación cuando su atención se posó en los labios de él. «Está bien», susurró ella suavemente. «Lo haré».

Luego se puso de puntillas. La espesa franja de sus pestañas cubrió su mirada oscura y acercó su boca a la de él.

En los últimos días, Leander había imaginado a menudo y sin pudor cómo se sentirían sus labios, a qué sabrían. Había imaginado que su beso sería como la miel, cálido y dulce. O suavemente inocente, como las robustas pero delicadas flores silvestres que crecían entre la hierba erizada de los páramos.

No podía prever la verdad.

Cuando sus labios entraron en contacto con los de ella, sintió una oleada similar a la sensación de electricidad que se percibe en el aire antes de una tormenta eléctrica o a la ráfaga de viento que precede a la lluvia. Su intensidad se extendió a través de él, despejando su mente de todo excepto de ella.

Y entonces ella emitió un sonido suave y ronco en la garganta y acortó la distancia que los separaba, presionándose contra él.

Su calidez y suavidad reclamaban ser exploradas. Le rodeó la cintura con un brazo y

apretó sus caderas contra las suyas. No podía disimular su erección, cada vez más dura, apretándose contra el vientre de ella, pero no quería hacerlo. Necesitaba que ella supiera cómo la deseaba, que comprendiera que aquel beso no era un tibio ritual de cortejo campestre. Era real y exigente. Y él estaba ya casi perdido en él.

Animado por la pasión que sentía fluir por su cuerpo, tomó las riendas del beso y extendió la lengua más allá de la comisura de sus labios para saborearla. Ella respondió a su penetrante y acalorada caricia con un estimulante remolino de lengua, como si hubiera estado esperando su invasión.

Emitió otro de esos sonidos guturales antes de rodearle el cuello con los brazos y mover temerariamente su lengua contra la de él. Sus acciones eran torpes y un poco frenéticas, como si no supiera cuál era la mejor manera de conseguir lo que buscaba con ese abrazo. Enroscando los dedos en el pelo de su nuca, le dio un fuerte tirón.

La breve oleada de incomodidad liberó un gemido embriagador entre sus labios, mientras la lujuria y la dolorosa necesidad le atravesaban los huesos.

Ella deseaba más.

No. Necesitaba más.

Él profundizó el beso y le agarró las nalgas con las manos para levantarla contra él y que ambos pudieran sentir la fricción de su cuerpo contra el suyo. Deseó que no hubiera ropa entre ellos. Nunca había deseado nada tanto como deseaba a aquella mujer desnuda y abierta a él. Apretó con fuerza la pierna entre las suyas, separando los muslos en torno a él. Luego mecía su cuerpo a lo largo de la dureza de su muslo.

El cuerpo de ella tembló.

Él tembló.

Nunca había sentido tanto a la vez. La rápida ferocidad de su deseo lo hizo sentirse débil, pero esa debilidad lo alimentó a medida que su necesidad aumentaba sin cesar. Su cerebro se nubló con un solo pensamiento: la implacable desesperación de penetrarla hasta el fondo mientras ella se arqueaba en éxtasis.

Sus brazos se tensaron al pensarlo.

Retiró la boca de la de él para respirar entrecortadamente y luego apretó los labios separados contra la garganta de él. Su sangre bombeaba furiosamente por sus venas y llenaba su polla de dolorosa necesidad. Apenas podía pensar. Todos sus sentidos rebosaban de ella.

El beso ya había ido demasiado lejos, pero él quería más.

Giró la cabeza para murmurar contra su sien: «Tesoro... ¿qué me estás haciendo?».

«¿Sientes lo mismo que yo?», preguntó ella en un suspiro ronco contra su piel.

«¿Cómo te sientes tú?», preguntó él mientras la sujetaba por las caderas para acercarla con firmeza a su entrepierna.

Su suspiro se convirtió en un gemido. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Se balanceó contra él con una necesidad insaciable de acercarse. Leander apretó los dientes mientras sus insistentes movimientos le hacían arder en deseos de más.

Se inclinó sobre ella y apretó los labios en un lugar sensible debajo de su oreja. «Dímelo», le exigió con voz gruesa y cruda. Luego tomó el suave lóbulo de la oreja entre sus labios y lo succionó suavemente, haciéndola jadear y arquearse entre sus brazos. «Dímelo», repitió, esta vez con más brusquedad, al sentir que perdía el control que aún conservaba.

Ella agitó las pestañas y abrió los ojos para encontrarse con su mirada deseosa. El calor y el hambre se arremolinaban con fuerza en sus oscuras profundidades. Cuando ella se lamió los labios preparándose para hablar, Leander gimió y apretó las faldas con sus puños.

Ante su evidente angustia, su mirada se ensombreció de preocupación y ella levantó con ternura la mano hacia el lado de su cara. Su piel era suave y cálida. Él resistió el impulso de girarse y apretar los labios contra la palma de su mano.

«¿Es demasiado para ti?», le preguntó.

Su tono serio le arrancó una risa ahogada. «Pregunta la virgen de los rufianes», observó con ironía, aunque su voz era escandalosamente inestable.

Un leve surco se formó entre sus cejas. «¿Depende la profundidad del deseo de uno su nivel de experiencia?».

«Puede que lo haya pensado alguna vez», contestó Leander con sinceridad, y luego bajó la boca hasta quedar a un suspiro de la de ella. «Pero nunca sentí algo así por un simple beso».

«¿Es cierto?», preguntó ella.

Al escucharla, la tensión en su interior se concentró de repente. Se encontró con su mirada deseosa pero firme mientras ella esperaba su respuesta. Todo en él pareció concentrarse en un punto justo detrás del esternón. «Estoy perdido, tesoro», murmuró.

La mano que ella mantenía contra su mandíbula se deslizó de nuevo alrededor de su nuca. Tirando de él hacia ella, le rozó ligeramente con la lengua la comisura de los labios. La vista se le nubló. El corazón le golpeó las costillas y su polla se puso dura.

«Hagámonos pedazos juntos.»

La riqueza ronca y grave de su voz se deslizó como seda cruda por sus sentidos y todo su cuerpo se tensó. La lujuria y la necesidad arreciaron como una tormenta, como los vientos que azotaban los páramos.

Con un gruñido bajo, la agarró por la cintura y la levantó contra él mientras se daba la vuelta y daba los pasos necesarios para llegar a su sofá suavemente desgastado. La tumbó y colocó su cuerpo sobre el de ella. Apretó firmemente el muslo entre las piernas de ella y se deleitó al ver cómo ella giraba las caderas bajo él, buscando un contacto más profundo. Apoyándose sobre un codo, buscó los botones de la parte delantera del vestido.

Al mismo tiempo, ella deslizó las manos por debajo de los bordes del abrigo y se lo quitó de los hombros. Cuando ella lo liberó de la prenda exterior, él ya tenía el vestido abierto hasta el ombligo. La visión de sus pechos cubiertos por nada más que una camisa de algodón sin adornos casi le hizo gemir cuando se acercó para cubrir uno de sus tiernos senos con la pesada palma de su mano. Ella arqueó inmediatamente la columna. Sus dedos se enroscaron con fuerza en los bíceps de él. «Gracias a Dios que no me molesto en llevar corsé durante mis paseos», murmuró ella sin aliento cuando él frotó un círculo insistente y posesivo sobre su endurecido pezón.

Su respuesta fue fascinante y enloquecedora.

A Leander le dolía el cuerpo y se estremecía de deseo por sumergirse bajo sus faldas y explorar su núcleo caliente con los dedos, los labios y la lengua.

Le cogió la cara con las manos y le dio un beso profundo que los dejó a los dos sonrojados y sin aliento. Mientras él profundizaba en su dulce boca con su lengua, ella exploraba los contornos de su espalda. Podía sentir sus inquisitivos dedos y sus cálidas palmas a través de la fina tela de su camisa, y cuando ella bajó para agarrarle firmemente las nalgas mientras levantaba las caderas hacia él, él apretó los dientes para mantener el control.

«Necesito que estés desnuda», dijo con una voz áspera que sonaba extraña a sus oídos. «Ahora».

«Sí», exclamó ella. «Y yo a ti también».

En cuanto él se separó de ella para volver a sentarse en la esquina del sofá, ella se puso en pie. Se miraron mientras ella se bajaba el vestido y él se despojaba del chaleco y se desabrochaba

la camisa lo suficiente como para quitársela por encima de la cabeza, y luego se quitaba las botas.

En unos momentos de desesperación, el vestido, las medias de lana y la ropa interior de algodón se habían hecho a un lado y la mujer estaba desnuda y hermosa ante él.

La imagen de ella, tan despreocupada, tan atrevida y hambrienta de él, tuvo un efecto asombroso en él. Su respiración pareció detenerse violentamente en sus pulmones mientras su corazón saltaba para llenarle la garganta.

Nunca se había sentido menos digno. Ni tan desesperado con serlo.

Leander se arrodilló frente a ella. Sentado sobre los talones, deslizó las manos por las curvas de sus pantorrillas y el dorso de sus hermosos muslos.

Los dedos de ella se enredaron suavemente en su cabello mientras sus ojos se cerraban en respuesta a sus caricias.

Al llegar a las nalgas, las amasó y les dio forma con sus fuertes dedos antes de seguir explorándolas, deseoso de escuchar los suaves y estremecedores sonidos que ella emitía al pasar por un punto especialmente sensible. Le acarició la columna vertebral antes de llegar a los pechos.

Pequeños, rosados y perfectos.

Rodeó los pechos con la yema de los dedos, provocándole un agradable jadeo y la piel de gallina. Luego la cubrió con las manos, moldeando suavemente su blandura.

Había visto el éxtasis en el rostro de una amante en innumerables ocasiones, pero nunca nada lo había conmovido tan profundamente, tan intrínsecamente, como la visión del placer que despertaba Desdémona.

Con los ojos pesadamente cerrados, bajó la barbilla para mirarlo, contemplándolo con la misma pasión con que él la miraba a ella.

Levantándose sobre las rodillas, Leander movió las manos para enmarcar la caja torácica de ella. Apoyando los pulgares bajo los pechos, se los llevó uno a uno a la boca, donde succionó las puntas más allá de los labios para hacer girar los rocosos picos con la lengua.

Los pequeños sonidos que ella emitía le provocaban un intenso deseo, que hacía que le doliera y palpitara la polla por estar dentro de ella. La expectación era asombrosa, hermosa y más intensa que ninguna otra que hubiera sentido jamás. Estaba desesperado por prolongarla mientras deslizaba las palmas de las manos hacia las caderas de ella, rozando con los pulgares su suave vientre.

Le siguió la boca. Le pasó la lengua por el esternón, girándola en el ombligo, antes de besar el mechón de rizos entre los muslos.

Los dedos de ella se enredaron suavemente en su pelo, lo suficiente para tirarle deliciosamente del cuero cabelludo. Leander miró a lo largo de su cuerpo sonrojado y tembloroso para ver sus labios entreabiertos y brillantes, sus ojos oscuros... cómplices... y deseosos.

«Pon tu boca sobre mí.

Su orden tajante llenó a Leander de un deseo tan intenso que apenas podía contenerlo. Su cuerpo se sintió envuelto en llamas mientras hacía lo que ella le pedía rápida y ansiosamente.

Capítulo Diez

Su lengua fue lo primero que la tocó.

Un cálido, húmedo y decadente lametazo de fuego contra el vértice mismo de su sexo.

La luz estalló tras sus párpados, el fuego se arremolinó en su bajo vientre y los músculos de sus muslos se tensaron.

Con las manos apoyadas bajo sus nalgas, la empujó a separar las piernas. Sólo unos centímetros más para poder besar su carne sensible con la boca abierta.

Había leído sobre ese acto, lo había visto descrito con eufemismos vagos y floridos en innumerables ocasiones, pero nada de eso la había preparado para lo profundamente carnal que se sentiría. Desdémona, que necesitaba ver lo que estaba ocurriendo tanto como deseaba sentirlo, se obligó a abrir los ojos y enfocar al hombre arrodillado ante ella.

Con un grito de sorpresa, se dio cuenta de que le estaba agarrando el pelo con los puños apretados mientras lo estrechaba contra sí. Se obligó a relajar los dedos, avergonzada por su pérdida de control.

En cuanto lo soltó, él la miró. Sin dejar de mirarla, emitió un gruñido de frustración. Su mirada tormentosa brilló con luz y fuego mientras introducía su lengua, llena y gruesa, a través de su húmeda hendidura. Una, dos veces. Después, una caricia aterciopelada a lo largo de todo su sexo antes de cubrir la carne hinchada de su clítoris y chupar con firmeza.

En contra de su voluntad, los dedos de ella volvieron a cerrarse con fuerza, atrapando la cabeza de él entre sus manos.

La respuesta de él fue emitir otro sonido, de profundo y estruendoso placer, mientras cerraba los ojos y su boca trabajaba furiosamente contra ella.

Desdémona se dio cuenta, asombrada, de que a él le gustaba que ella lo sujetara. Cuanto más la apretaba, más salvaje y hambriento parecía volverse. A medida que el placer aumentaba en su interior, ella intentaba concentrarse en el momento, en las sensaciones, en la experiencia en todos sus detalles, pero pronto le resultó imposible. Cuando el placer alcanzó su punto álgido en una cegadora y consumidora explosión de sensaciones que se extendió por todos los nervios, perdió por completo el contacto con la realidad.

No recuperó la conciencia hasta que las gloriosas ondas de placer comenzaron a retroceder lentamente, dejando que sus músculos temblaran con una repentina debilidad, haciendo que sus piernas cedieran bajo ella.

Pero no llegó a caerse.

Leander la estrechó entre sus brazos, atrayéndola contra él. Ella se sentó a horcajadas sobre sus duros muslos, con los brazos de él doblados alrededor de su cintura, sus pechos aplastados contra el pecho de él y su vientre apretado contra su viril abdomen desnudo.

Al abrir los ojos, quedó inmediatamente atrapada en su tumultuosa mirada. Una tormenta de deseo seguía creciendo y rodando en su interior. La había llevado a la cima del placer con la experta atención de su boca, mientras él permanecía en el filo de la navaja de su propia liberación.

Inclinándose hacia delante, lo besó con audacia, atrayendo su labio inferior hacia su boca antes de deslizar su lengua por la de él en un aterciopelado deslizamiento de hambre y calor.

Estaba lista para más.

Con un fuerte mordisco en el labio, murmuró con dureza: «¿Me reclamarás por

completo?».

La respuesta de él fue un gemido desgarrado, mientras inclinaba la cabeza para succionar con fuerza la cresta del hombro de ella. El roce de sus dientes le produjo escalofríos.

«Debes hacerlo, Leander», gimió ella moviendo las caderas. «Necesito sentirte dentro de mí».

Su respuesta fue otro sonido áspero mientras la agarraba por la cintura y la levantaba de su regazo, pero sólo para poder acceder al cierre de sus calzones. En cuestión de segundos, liberó su erección y ella se quedó sin aliento al ver toda su longitud palpitando entre ellos.

Por instinto, lo agarró por la base.

Él aspiró rápidamente entre los dientes y le agarró las caderas con las manos, como si necesitara anclarse.

Su mandíbula estaba tensa y sus ojos ardían. «Me destruyes», murmuró acaloradamente.

Las palabras, tan crudas y desenfrenadas, desencadenaron una oleada de poder entrelazada con una profunda emoción que ella no podía esperar.

Entonces, con los ojos clavados en los suyos, la llevó hacia delante hasta que su sexo - todavía sensible por el placer que ya le había dado- se apretó firmemente contra él. El suave calor de su erección la hizo jadear y temblar. Él inclinó la cabeza para reclamar el pulso de la garganta de ella en un beso abierto y succionador mientras se movían juntos con la respiración entrecortada y gemidos suspendidos.

Ella balanceó la pelvis, ansiando la profunda satisfacción de su dureza deslizándose a lo largo de su hendidura. Pero eso no ayudaba a aliviar el dolor interior, que parecía intensificarse con cada chispazo de placer renovado.

Su corazón se aceleró. El sudor se acumulaba en su piel. Un pensamiento se repetía en su mente como una obsesión.

Necesito sentirlo muy dentro.

Apoyó las manos en sus hombros suaves y musculosos y se prometió a sí misma que exploraría los intrigantes detalles masculinos de su figura en otro momento. Ahora estaba demasiado impaciente, desesperada y casi delirante de deseo. Levantó su peso de los muslos de él hasta que pudo sentir su suave y redondeada punta rozando su entrada.

Agarrándole la cara con las manos, le inclinó la cabeza hacia atrás hasta que él la miró. «Ahora, Leander».

«Sí», gimió él. «Ahora».

Abrazándola por las caderas y la cintura, la levantó y la giró, tumbándola de espaldas sobre la descolorida alfombra antigua. Sus caderas se apretaron entre sus muslos abiertos y su boca encontró la de ella. La distrajo con sus hábiles labios y su lengua mientras avanzaba.

La primera presión de su cuerpo contra el de ella hizo que los músculos de sus muslos se tensaran y se contrajeran a su alrededor. Una breve retirada y luego otra lenta embestida arqueó profundamente la columna vertebral de ella.

Era una presión profunda, una posesión feroz. Una unión apasionada. Era exactamente lo que ella deseaba. La intensidad física y el instinto irreflexivo permitieron que las necesidades de su cuerpo se sobrepusieran a cualquier incomodidad.

Y entonces él estaba profundamente dentro de ella. Palpitante. Caliente. Llenando el dolor y aumentando la expectación con cada exuberante caricia. Ella bajó las manos por su fuerte espalda hasta que pudo sujetar sus firmes nalgas.

Curvando la columna, se apoyó en un codo para poder utilizar la otra mano para sujetarle el pecho. Primero un pezón sonrosado y luego el otro gozaron de su favor mientras él lamía,

mordisqueaba y chupaba con una atención narcotizante.

Nuevamente, sus sentidos se sumieron en un torbellino de placer. El rítmico empuje de su erección dentro de ella, mientras el hueso de su pelvis golpeaba con experta precisión su hinchado capullo, la impulsaba cada vez más alto.

Sus miradas se encontraron y se sostuvieron. Inspiró rápidamente cuando el placer la invadió de repente, sorprendiéndola con una oleada de sensaciones que enviaron ondas pulsantes por todo su cuerpo.

Atrapada en su liberación, logró observar el momento en que él hacía lo mismo. Su mandíbula se apretó con fuerza y sus pesados párpados se movieron sobre su mirada, aunque no apartó la vista. Entonces, un sonido gutural surgió de su pecho y cada músculo de su cuerpo se tensó. El único movimiento era el pulso de su miembro en el interior de ella, cuando por fin sucumbió a su propio placer.

Cuando las pulsaciones disminuyeron y su cuerpo comenzó a relajarse, respiró entrecortadamente y luego bajó la cabeza, apoyando su frente en la de ella, mientras un escalofrío lo recorría.

Para no desplomarse sobre ella, se zafó de su cuerpo y rodó pesadamente hacia un lado, quedando tendido boca arriba con un brazo por encima de la cabeza.

Desdémona se puso de lado y apoyó la cabeza en la mano para poder observarlo mejor.

Tenía los ojos cerrados y su pecho subía y bajaba con fuerza mientras recuperaba el aliento. La parte de él que había estado tan dura y generosa dentro de ella se estaba ablandando lentamente, aunque seguía siendo impresionante y hermosa.

Él era impresionante y hermoso en su conjunto.

Su atractivo iba mucho más allá de su rostro. Sus piernas estaban bien formadas y cubiertas de vello oscuro. Aunque ahora no podía verlas, sabía que tenía las nalgas firmes y la espalda fuerte. Su abdomen estaba lleno de músculos y su pecho, hombros y brazos eran gruesos y bien definidos. Sus manos eran grandes y sus dedos romos pero elegantes. Incluso sus pies eran bonitos.

Abrió los ojos de golpe para verla mirándolo fijamente y una sonrisa sensual curvó las comisuras de sus labios.

El vientre de Desdémona realizó un remolino.

«¿En qué estás pensando?», le preguntó con su habitual tono suave.

«Estoy pensando en lo...», empezó ella, y luego hizo una pausa para encontrar la palabra adecuada, «...instructivo que ha sido esto».

La sonrisa de él se ensanchó y en sus ojos brilló un relámpago cuando le rodeó la cintura con el brazo y la hizo caer sobre su pecho para poder besarla. Acabó medio tumbada sobre él y cuando el beso terminó con unos tiernos pellizcos en su labio inferior, se quedó dónde estaba, apoyando la mano bajo la barbilla mientras lo contemplaba.

«Creo entender ahora por qué has tenido tantas amantes», dijo ella pensativa.

La expresión de él se ensombreció un instante y la mano que descansaba sobre la curva superior de su nalga se tensó. «¿Lo entiendes? Su voz había adquirido un tono grave.

«Hacer el amor con alguien es una forma muy intensa de comunicarse, ¿verdad?», continuó ella, tratando de ordenar sus impresiones dispersas en una explicación coherente. «Es bastante... instintivo y hermoso. Aunque en realidad no sé nada más de ti como persona» -hizo una pausa, esperando que sus siguientes palabras no resultaran equivocadas- “siento que te conozco de una forma que va más allá de las palabras”.

Él guardó silencio cuando ella terminó de hablar. Su mirada seguía clavada en la de ella,

como si intentara ver dentro de su mente. Al cabo de un rato, empezó a sospechar que había dicho algo inapropiado.

Se sintió incómoda. Claro que lo había hecho. Era lo que hacía.

Se movió en un intento de levantarse, pero los brazos de él la rodearon y la mantuvieron en su sitio. Se quedó quieta.

«No siempre es así», dijo finalmente. «De hecho, nunca había sido así para mí... antes de hoy. Pero acabas de describir perfectamente mi experiencia contigo».

«¿Cómo sé que eso no es algo que le dices a todas con las que te acabas de acostar?».

Con un suave movimiento, la puso boca arriba. Uno de sus fuertes muslos se colocó entre las piernas de ella mientras se cernía sobre ella. «Soy muchas cosas, tesoro mío: un canalla hedonista, un vividor impenitente, un manipulador casual. Pero nunca te he mentado y nunca lo haré».

Desdémónal deslizó las manos por su espalda. Enarcando una ceja, preguntó suavemente: «¿Cómo sé que no me estás mintiendo ahora mismo? Creo que no hace mucho que establecimos que era en ti en quien menos debía confiar».

La mirada de él recorrió su rostro y su mandíbula se tensó; luego esbozó una sonrisa suave como la seda. «Así fue. Parece que no hay más remedio que probar mis palabras de otra manera», sugirió, pasando la mano por detrás de la rodilla de ella para levantarle la pierna y rodearle la cadera. Luego balanceó las caderas hasta que su creciente erección chocó con el centro de ella.

Ella se arqueó bajo él, inclinando las caderas para recibirlo mejor, mientras una repentina oleada de deseo le calentaba la sangre. «¿Podemos repetirlo tan pronto?», preguntó con curiosidad, aunque ya sentía que era así.

La risa de él fue baja y suave contra el cuello de ella. «Es uno de mis regalos más apreciados».

Jadeó y se agarró con fuerza a sus nalgas cuando su boca se cerró sobre la punta de un pecho, pero consiguió recuperar la voz lo suficiente para una pregunta más. «¿Y cómo demostrarás tu honestidad con esto?».

«No tengo ni idea, pero creo que valdrá la pena intentarlo», murmuró él mientras la penetraba de un solo empujón.

Capítulo Once

Leander luchó por mantener su habitual fachada social mientras observaba a Desdémona al otro lado de la mesa.

Recordaba cada segundo del tiempo que había pasado haciendo el amor con ella, hasta el más mínimo detalle de cómo sabía, cómo se movía, cómo suspiraba y gemía y se sujetaba a su pelo. Repasó los recuerdos una y otra vez después de dejar sus apartamentos, cuando ella insistió en que tenía que volver al trabajo.

Su experiencia con ella le había hecho cuestionarse todo lo que sabía de sí mismo. Sin embargo, mientras la observaba ahora, no podía entender cómo ella podía parecer tan absolutamente imperturbable por los acontecimientos cuando él había sido derribado estrepitosamente y reconstruido desde cero.

Ella escuchó la conversación insulsa con su habitual nivel de interés despreocupado y observación ligeramente distante. Respondió a las habituales chanzas y ocurrencias con la misma astucia y perspectiva única de que siempre hacía gala. Sonrió ante los halagos untuosos de Rutledge y no pareció molestarse en absoluto por la forma en que él ocupaba atentamente su tiempo.

Y apenas miraba a Leander.

De no haber sido por el brevísimo momento en que había logrado captar su atención justo cuando ella acababa de llegar, podría haber pensado que ni siquiera sabía que estaba allí. Eso le molestaba. Y no le gustaba eso para nada. Especialmente cuando no podía entender exactamente por qué se sentía así en primer lugar.

Al ver a Rutledge inclinarse demasiado hacia ella mientras jugaban al ajedrez en el salón después de cenar, Leander estuvo a punto de cruzar la habitación para intervenir.

Antes de que pudiera hacerlo, vio por casualidad que Isabelle lo observaba atentamente. Su mirada no era agradable. Dejando a un lado su preocupación por Desdémona, esperó a que su hermanastra llegara a su lado.

Cogió de su mano la copa de champán que había olvidado que sostenía y se la llevó a los labios para beber un largo sorbo. Su aguda mirada permaneció fija sobre el borde de la copa. Después de bajar la copa, se lamió los labios y le dedicó una sonrisa que le erizó la piel.

«Te gusta. ¿Verdad?», le preguntó en un tono aparentemente despreocupado.

Leander no se dejó engañar. Le invadió una oleada de advertencia. Cualquier intento de negación probablemente resultaría contraproducente y la convencería aún más de cualquier cosa que sospechara.

Levantando una ceja, respondió con la mayor displicencia posible: «Ya conoces mis gustos».

Ella rió, con un sonido ronco y terroso, y su mirada se iluminó. «Tu gusto, querido hermano, parece incluir cualquier cosa de dos patas. E incluso eso se ha puesto en duda en alguna ocasión».

En el pasado, cuando él era joven e impulsivo, sus palabras podrían haber desencadenado un estallido de ira. Ella siempre había sabido pincharle donde era más vulnerable. Podía estarle agradecido, supuso, por obligarle a aprender a ocultar sus verdaderas emociones. Los días en que ella podía manipularlo habían quedado atrás.

Sonriendo lentamente, se inclinó hacia ella y le susurró: «Y odias ser la única excepción,

¿verdad, Carina?».

Sus ojos se entrecerraron peligrosamente y un rubor le calentó el cuello y el pecho antes de volver a controlarse. Un destello de ira brilló en su mirada, aunque se obligó a sonreír. «No sé qué control has ejercido sobre la chica, pero Rutledge ha decidido que la quiere y no se dejará disuadir a pesar de su rechazo», señaló con seguridad.

Leander mantuvo la calma a pesar del torbellino de preguntas que se agolpaban en su mente.

¿Había rechazado a Rutledge? ¿Cuándo le había propuesto algo?

«De un modo u otro, convertirá a la muchacha en su novia. Y entonces esta finca azotada por el viento y la riqueza de mineral sobre la que se asienta estarán en mis manos, donde deben estar». Isabelle sonrió y levantó la mano para pasar el dedo índice por la mandíbula de Leander. Como si no pudiera evitarlo, dejó caer su mirada anhelante sobre la boca de él.

Fue todo lo que él pudo hacer para no apartarse de su contacto.

«Pórtate bien, Leander, y no te interpongas en mi camino», susurró antes de dejar caer el último sorbo de champán. «Ahora, si me disculpas, debo despertar a mi marido. Querrá ver lo que ocurre a continuación».

Una ráfaga de frío helado invadió el torrente sanguíneo de Leander, que dirigió una rápida mirada hacia el tablero de ajedrez.

Desdémona ya no estaba allí.

Tampoco estaba lord Rutledge.

El corazón le palpitó contra las costillas mientras escrutaba la habitación para confirmar lo que ya sabía. Ambos se habían marchado.

La furia y el miedo lo invadieron mientras se dirigía a la puerta, ignorando las miradas curiosas que provocaba a su paso. Tenía el cuerpo tenso, las manos en los costados y el pulso le latía en las sienes. Tenía que llegar hasta ella.

Debería haberla protegido desde el principio. Ella no se merecía nada de aquello. No merecía ser amada por un hedonista tan egoísta que sólo había sido leal a sus propios placeres.

Al entrar en la sala vacía, se vio obligado a detenerse.

Con un sobresalto, se dio cuenta de que no pensaba en Rutledge, sino en él mismo.

Leander la amaba. Estaba enamorado de Desdémona.

La asombrosa exactitud de la revelación casi detuvo su corazón. Pero el miedo volvió a acelerarlo.

¿Dónde podrían estar? ¿Por qué demonios se iría con Rutledge?

No lo haría. Por supuesto que no lo haría.

Ella era demasiado inteligente para ser atraída por el señor de mano dura. Lo que significaba que se había ido por su cuenta, dirigiéndose a sus habitaciones como hacía todas las noches. Y Rutledge la había seguido.

Leander subió corriendo las escaleras hasta el segundo rellano y se precipitó a través de las estatuas de mármol hacia la galería de retratos. Las puertas dobles estaban abiertas de par en par y pudo ver a Rutledge y Desdémona en el centro de la larga sala. El hombre tenía un brazo alrededor de la cintura de ella y la otra mano se aferraba con fuerza al hombro de su vestido.

Antes de que Leander pudiera alcanzarlos, el desgarró de su corpiño fue seguido de inmediato por un fuerte gruñido de dolor de Rutledge, que cayó de rodillas y se llevó ambas manos a la ingle.

La expresión de Desdémona era apacible, pero feroz, mientras clavaba la mirada en Rutledge tirado en el frío suelo. «Abandonará este lugar inmediatamente, Lord Rutledge. No

quiero volver a verle la cara jamás. ¿Entendido?»

«Maldita sea, mujer», jadeó Rutledge. «Casi me retuerces las pelotas».

Leander, orgulloso de la eficacia con que Desdémona había ganado la partida, pero aún estremecido por el miedo, se puso a su lado para añadir con una oscura orden: «Haz lo que te dice».

«¿O qué, Vittori?» Rutledge tosió mientras se incorporaba lentamente. «Tengo que decir que es bastante divertido verte defender a una inocente».

«Lord Rutledge no irá a ninguna parte», declaró Isabelle mientras cruzaba elegantemente la galería con su marido a cuestas.

Observando la escena con la mirada perdida, Lyndon se detuvo tambaleándose. «¿Qué está pasando aquí?», balbuceó. Pareciendo darse cuenta por fin del estado desgarrado del vestido de Desdémona, desvió la mirada hacia Leander. «¿Te has atrevido a agredir a mi hermana, Vittori?», gritó mientras avanzaba tambaleándose con el rostro teñido de un rojo moteado.

Antes de que Leander pudiera responder, Desdémona se adelantó. «Lord Rutledge fue el agresor y se marcha. Ahora mismo», dijo con firmeza.

«No, no se va», intervino Isabelle con voz tensa antes de lograr forzar un tono más suave. «Has sido comprometida, querida. Para salvar tu reputación, debes casarte».

«No haré tal cosa».

Leander casi sonrió ante la respuesta inflexible de Desdémona.

«¿Qué es esto?» preguntó Lyndon sacudiendo la cabeza. «¿Quién se casa?»

«Tu hermana debe casarse con Lord Rutledge», explicó Isabelle, acercándose a su marido para agarrarle del brazo. «Obtendremos una licencia especial y realizaremos el acto lo antes posible. Ya ves que es necesario para proteger a la muchacha de estas... desafortunadas circunstancias».

Rutledge logró recuperarse lo suficiente como para ofrecer una reverencia superficial. «Será un placer llevarme a la niña», dijo.

La mirada violenta del hombre al ver a Desdémona hizo que Leander se acercara a él. «Si la tocas, te juro...».

«Basta de tonterías», interrumpió Lyndon. Se llevó las manos a la sien, como si aún tratara de comprender la situación. Su mirada vacilante se posó finalmente en su hermana. «¿Deseas casarte con Rutledge, Des?».

«No. Quiero que se vaya, como ya he dicho varias veces».

«Entonces ya está decidido», dijo exasperado. «Rutledge, ve a recoger tus cosas».

El lord se enderezó y lanzó una mirada desdeñosa hacia todos los presentes. «No vale la pena tomarse tantas molestias». Salió de la habitación con toda la arrogancia que pudo reunir con sus andares obviamente forzados.

«No comprendes la situación, querido», le dijo Isabelle a su marido al oído. «Tu hermana debe casarse. Si no es con Rutledge, entonces cácala con Leander. Ella ya parece bastante enamorada de él», se burló, perdiendo su barniz amistoso. «Me importa un bledo».

El vizconde miró confundido a su esposa. «¿Por qué? ¿Por qué debe casarse, Isabelle? Me has estado metiendo esa idea en la cabeza en cada oportunidad que has tenido. ¿Por qué es tan importante para ti?»

«Creo que ya es hora de que la chica se vaya a vivir a su propia casa. No es posible que quiera vivir aquí para siempre, cariño».

Los ojos de Lyndon se entrecerraron con dureza. «¿Es eso, no?» preguntó. «La quieres fuera de Bilberry Hall. ¿Por qué?» Un destello de claridad cruzó su rostro. «Quieres la finca,

¿no?».

Un mohín se formó en los labios de Isabelle mientras frotaba la palma de la mano sobre el pecho de Lyndon en una caricia tranquilizadora. «No veo por qué debe reclamar todos los beneficios de algo que nos pertenece por derecho. A ti, cariño. Dejas que la chica tenga demasiada autoridad sobre esta finca. Simplemente no está bien».

El vizconde se quedó mirando a su esposa con expresión estupefacta, y luego soltó una carcajada que casi le hizo doblarse.

Desdémona se adelantó entonces, con la mirada centrada en Isabelle. «Me preguntaba la causa de tu repentino interés», dijo pensativa. «Supongo que debería haberlo adivinado, pero me alegro de saber por fin la verdad. Todos ustedes abandonarán Bilberry Hall esta misma tarde. Todos. No quiero que ninguno de ustedes vuelva aquí jamás».

Los ojos de Isabelle se abrieron cómicamente antes de entrecerrarse con intensa ira. «Te has pasado, querida. No tienes nada que decir al respecto».

Leander dio un paso adelante para colocarse frente a Desdémona. Nunca había visto a Isabelle tan furiosa. Era impredecible en sus mejores días. No se le ocurriría nada en ese estado.

Lyndon soltó un suspiro, luchando por controlar su risa. «Eso es lo bueno de toda esta debacle. Ella es la única que puede opinar. Es su maldita casa».

«Sólo porque eres demasiado débil para tomar las riendas», espetó Isabelle.

«No, mi querida esposa, porque es suya», replicó él con una sonrisa. «Siempre ha sido suya. Heredada de nuestra madre, igual que ella la heredó de la suya. La Casa Bilberry y toda la finca pasan de madre a hija. No tiene ninguna relación con mi herencia».

Aquella revelación dejó muda a Isabelle. Leander se habría tomado su tiempo para disfrutar de la anomalía, pero cuando volvió a mirar a Desdémona, se dio cuenta de que ya no estaba.

Con el corazón subiéndosele a la garganta, salió corriendo de la galería y subió la escalera de caracol hasta su apartamento. Al pasar de una habitación a otra, se dio cuenta rápidamente de que ella no estaba allí. Los vientos nocturnos del páramo agitaban las ventanas de su estudio privado y, con un dolor sordo detrás del esternón, supo adónde se había ido.

Bajó los escalones de dos en dos y salió a la noche. A pesar del viento, la oscuridad y el hecho de que no tenía ni idea de adónde iba, tenía que seguirla.

Tenía que explicarle...

¿Qué cosa? ¿Que no sabía del complot de Isabelle, cuando sí lo sabía? Que debería haber hecho más para protegerla de las maquinaciones de su hermanastra, cuando probablemente debería haberse centrado en protegerla de él mismo?

Él no era inocente de las manipulaciones contra ella.

Necesitaba encontrarla para suplicar su perdón y confesar...

todo. Su amor desesperado por ella. Y su total indignidad.

Mientras cruzaba los oscuros jardines a largas y frenéticas zancadas, oyó aullidos graves procedentes de los establos.

Sus perros lobo. Debían de haber captado su olor en el viento y no estaban muy contentos de que los hubieran dejado atrás.

Leander cambió de dirección. Si tenía alguna esperanza de encontrar a Desdémona en los páramos iluminados por la luna, necesitaría ayuda.

Capítulo Doce

Desdémona permaneció inmóvil en lo alto de la colina.

Contemplar el paisaje salvaje e indómito solía traerle la paz. A menudo le devolvía el ánimo cuando estaba decaída y reavivaba su sentido de sí misma cuando se sentía perdida.

Esa noche no había surtido su efecto habitual.

A pesar del viento, se sentía acalorada por dentro. Su corazón latía con rapidez en un intento de seguir el ritmo de su acelerada respiración. Le temblaban las manos y los ojos se le llenaban de lágrimas.

Y por su vida, no lograba descifrar el origen de su angustia.

No había confiado en la vizcondesa desde el principio, así que la codicia y las manipulaciones de la mujer no escandalizaron a Desdémona. Sólo justificaban su recelosa incertidumbre ante la atención de su cuñada.

Y ya había aceptado su decepción con respecto a John. Él nunca había sido especialmente atento, así que las expectativas de Desdémona de un reencuentro sincero nunca habían sido muy altas.

En cuanto a Lord Rutledge y los demás... Desdémona no dudaba de que no volvería a verlos una vez que salieran por la puerta principal. Sin embargo, no sentía una gran tristeza por ello. No era el tipo de persona que necesitara un montón de amigos con los que pasar las horas cuando podría estar haciendo algo más productivo.

Sin embargo, estaría bien -no, más que bien- tener al menos a una persona que disfrutara hablando con ella. Una persona cuya presencia la calentara y vigorizara. Una persona que conociera sus extraños intereses y sus torpes tendencias y siguiera considerándola fascinante.

El conde Vittori, de alguna manera, había suavizado sus manos sobre lo básico de lo que la hacía ser quien era. Había aprendido su forma, su color, su olor...

Pero había tanto que aún no conocía acerca de ella.

Tanto que ella no conocía de él.

Y una vez que dejara Bilberry Hall, ella nunca lo volvería a ver.

Una fuerza dentro de su pecho le apretó el corazón. Desdémona respiró entrecortadamente y expulsó un sollozo de la nada. La emoción la embargaba, bloqueando todo lo demás hasta que reconocía su origen.

No quería que Leander se fuera.

Aunque no tenía ni idea de cuánto sabía él del complot de Lady Lyndon, le había seguido esta noche con la intención de salvarla. Su furia por las acciones de Rutledge había sido genuina y su deseo de protegerla había sido muy real.

Pero, ¿cómo podía ella confiar en que sus acciones no habían sido más manipulaciones?

Una ráfaga de viento pasó junto a ella, seguida del sonido de un movimiento familiar entre la hierba. Anticipó la llegada de sus sabuesos un momento antes de verlos.

Jack y Simón llegaron saltando a su lado. Cada uno de ellos olfateó rápidamente a modo de saludo.

«¿Cómo han conseguido escapar?», preguntó. Tras dar unas vueltas rápidas, los sabuesos volvieron corriendo por donde habían venido.

Desdémona se volvió para seguirlos. Y se detuvo.

Leander subía la colina hacia ella como un oscuro espectro que se movía grácilmente a la

luz de la luna con su traje de noche negro y su corbata blanca.

El corazón le retumbó y se quedó sin aliento mientras esperaba su llegada.

No se había ido. Seguía aquí, viniendo a por ella.

Cuando llegó a la cima de la colina, se detuvo a un brazo de distancia. Su mirada -intensa y concentrada en ella- reflejó la luna y las estrellas con una luz plateada, cautivándola mientras esperaba a que él declarara su propósito de seguirla.

Y mientras lo miraba bajo el resplandor de la luna, con el viento azotando sus faldas y soltando las horquillas de su pelo, se dio cuenta de que la sensación de inquietud que sentía en su interior se había disipado. Ahora que él estaba aquí, se sentía tranquila y segura. Se sentía al borde de algo. Algo aterrador y hermoso, pero cierto.

Tras otro largo momento, Leander inspiró profundamente y miró hacia el páramo. Ella vio cómo su expresión se volvía oscura y pesada.

Y esperó.

«Lo lamento», dijo por fin.

A Desdémona le dio un vuelco el corazón. «¿Por qué?»

Él la miró con una pizca de sorpresa en los ojos. «Por todo eso», respondió con un movimiento del brazo hacia la mansión. «Por la falta de protección de tu hermano, por la avaricia y perfidia de mi hermanastra». Los músculos de su mandíbula se tensaron cuando volvió a mirar hacia el exterior. «Por la forma en que Rutledge y los demás te faltaron al respeto».

«No eres responsable de su comportamiento».

Tragó saliva mientras su mirada se clavaba en la de ella. «Siento no haberte protegido como debía».

«Pero lo hiciste», argumentó ella, preguntándose cómo él no lo veía. «Estuviste a mi lado contra Rutledge. Me protegiste de la ira de tu hermanastra».

Él negó con la cabeza. «Debería haberte protegido de mí».

Bajó la mirada, como si fuera incapaz de seguir mirándola. «He vivido una vida perversa, tesoro mío. Desperdicié mi juventud intentando llamar la atención de un padre duro y desinteresado y de una madre más dedicada a complacerse a sí misma que a mimar a un niño necesitado. Cuando llegamos a Inglaterra tras la muerte de mi padre y mi madre se volvió a casar, esperaba...» Sacudió la cabeza. «Pero fui tonto e Isabelle utilizó mis debilidades contra mí en cada oportunidad. Decidí que cuando me convirtiera en un hombre, no permitiría que nadie volviera a ver dentro de mí. No daría a nadie el poder de retener su afecto o rechazar mi amor. Utilicé a la gente antes de que pudieran utilizarme a mí. Satisfacía todos mis deseos. Si había algo que quería, encontraba la forma de conseguirlo. No me negaba nada».

Desdémona pudo distinguir el arrepentimiento en sus ojos, pudo escuchar el vacío y la soledad tácitos en la descripción de su pasado.

«¿Ves, amore mio, por qué no debería haberte tocado? ¿Por qué debería haberme alejado de ti?».

«No», respondió ella simplemente. «No lo veo».

Su suspiro era pesado y cansado, su voz cruda. «Tesoro...»

Desdémona se acercó a él y no se detuvo hasta que se vio obligado a mirarla. «Sé lo que intentas decir: que eres indigno, pero no estoy de acuerdo». Frunció el ceño. «De hecho, esa idea me parece totalmente ridícula».

Se pasó la mano por el pelo e inclinó la cara hacia el cielo mientras respiraba. «Te escandalizaría saber todas las cosas que he hecho, todas las camas por las que he transitado, la gente a la que he usado y desechado».

Desdémona se lo pensó un momento. «Tal vez. Tal vez no. Esas experiencias forman parte de lo que eres. No serías el mismo hombre sin ellas. Quizá nunca hubieras encontrado un motivo para venir a Staffordshire y a mí». Le puso la mano en la cara, calentando su piel con la palma mientras le dedicaba una suave sonrisa. «Estoy agradecida por la vida que has vivido al igual que lo estoy por la mía, ya que nuestros pasados nos trajeron hasta este momento. Aquí y ahora».

Sus ojos buscaron los de ella, como si temiera confiar en sus palabras y necesitara más seguridad. Luego, lentamente, sus labios se curvaron y levantó la mano para apartarle unos mechones de pelo de la cara. «Debería haber sabido que verías las cosas de una forma totalmente única e inesperada».

La sonrisa de Desdémona se ensanchó. «Es porque soy bastante rara, por si no te habías dado cuenta».

Se rió entre dientes. «Eres extrañamente perfecta».

«Claro que lo soy. Igual que tú». Ella le cogió la mano y apretó la palma contra su mejilla. «Me gustaría besarte ahora».

Al instante, su sonrisa se volvió malvada, de esa forma deliciosa y peligrosa que aumentaba su ritmo cardíaco y hacía que se derritiera por dentro. «¿Lo harías?», bromeó mientras deslizaba la otra mano alrededor de su cintura y la atraía hacia la sólida calidez de su cuerpo.

«Sí», susurró ella, deslizando la mano alrededor de su cuello para enredar los dedos en los espesos rizos de su nuca, “muchísimo”.

«Si te beso, no querré parar. Querré más».

Le miró a los ojos y vio algo que superaba incluso la intensa luz del deseo. Era suave, tierno y fuerte, y al instante supo lo que era. «¿Cuánto más?», preguntó de todos modos.

«Todo», respondió él. «Para siempre».

«No es posible para siempre», observó ella, aunque una mueca de diversión levantó la comisura de sus labios. «Los seres humanos tenemos una vida finita».

Él rió y bajó la cabeza hasta que sus labios quedaron a un suspiro de los de ella. «Entonces, por el resto de nuestras vidas finitas».

Desdémona se apartó de sus labios, necesitando una aclaración. «¿Estás diciendo que quieres casarte conmigo?»

«Digo que te amo, tesoro mío, y que nada deseo más que dedicarme a ti y a tu felicidad como debe hacer un esposo».

El corazón de Desdémona se desbocó al imaginar una vida con él, día tras día. «¿Viviremos aquí?»

Él sonrió y le dio un beso en la comisura de los labios. «Si ése es tu deseo».

«Siempre he querido visitar Londres. Quizá podríamos vivir allí algún tiempo, al menos».

La abrazó y le susurró palabras apasionadas en italiano sobre el pelo, abrazándola tan fuerte que la dejó sin aliento.

Pero a ella no le importó.

Poco después, los dos subieron sigilosamente a las habitaciones privadas de Desdémona, evitando cuidadosamente el tumulto del resto de la casa, mientras los sirvientes se apresuraban a hacer las maletas y poner en camino a los invitados a pesar de lo tarde que era.

Tomados de la mano, Leander y Desdémona cruzaron la sala de estar y el estudio de ella. Luego, con una sonrisa de sutil expectación, condujo a Leander hasta la puerta situada detrás de

su escritorio.

Su dormitorio era mucho más grande de lo que Leander esperaba encontrar al otro lado de la modesta puertecita: lo bastante grande como para albergar una enorme y antigua cama con dosel. Las paredes estaban cubiertas de un damasco cremoso, mientras que las cortinas que cubrían las ventanas, casi del suelo al techo, y que rodeaban la cama eran de color rosa oscuro. Había un sofá delante de una amplia chimenea de piedra. Una manta de lana roja, con los bordes deshilachados, cubría el respaldo.

No era una habitación excesivamente femenina. Era fuerte y suave, cálida y sin pretensiones.

Mientras sus sabuesos trotaban hacia sus camas junto a la chimenea, Desdémona continuó hacia el centro de la habitación, donde una alfombra persa de ricos colores rojo, rosa, verde y bronce se extendía por el suelo.

Cuando se volvió hacia él, el estómago se le revolvió de espanto al ver el ceño de consternación que le fruncía la frente y le tiraba de las comisuras de los labios.

Frunció el ceño y la atrajo hacia sí. «¿Qué pasa, tesoro mío? ¿Qué te preocupa?

Al oír sus palabras, su expresión cambió. «¿Por qué me llamas así? Significa mi tesoro, ¿no?».

Leander sonrió. «¿Sabes italiano?»

«Algo».

«Te llamo así porque desde que te conocí supe que eras algo especial y precioso».

Su ceño se frunció. «No, no lo soy. Soy terriblemente individualista y a menudo me pierdo en mi trabajo durante horas o a veces días enteros. Incluso ahora que este proyecto está casi terminado, dudo que pase mucho tiempo antes de que otra cosa consuma mi atención. ¿Cómo sabes que no te aburrirás conmigo? ¿O te molestarán mis rarezas? No soy sofisticado ni elegante. Te garantizo que cometeré enormes meteduras de pata sociales una y otra vez». Se detuvo y le miró con expresión de dolor. «Ni siquiera te he dicho que te quiero, porque lo hago. Después de tus maravillosas palabras bajo la luna, no te he correspondido. Debes pensar que soy tan insensible».

A Leander se le encogió el corazón ante su vulnerabilidad y su voluntad de compartirla con él.

Sacudió la cabeza y se acercó a ella para agarrarle las dos manos. Llevándoselas a los labios una tras otra, presionó firmemente con la boca el centro de cada palma. «Tienes tu propio camino. Es hermoso y puro y es tuyo. Y lo adoro».

Hizo una pausa mientras un doloroso pinchazo le obstruía la garganta. No había experimentado esa sensación desde que era joven, antes de aprender a no depender de nadie más que de sí mismo y a no desear nada que no pudiera reclamar con un guiño y una sonrisa pecaminosa.

Las palabras que brotaban de su corazón no podían contenerse. «Estoy de rodillas por lo que siento por ti. Nunca esperé amar tanto a alguien, desear a alguien como te deseo a ti». Se encontró con su mirada oscura e inteligente y sintió una abrumadora sensación de plenitud. «No puedo explicar lo que significa para mí sentir que puedo confiarte todo lo que soy: mi pasado y mi futuro, mi alma, mis secretos más oscuros...».

Ella arqueó las cejas con curiosidad y preguntó en un susurro ronco: «¿Tus más oscuros secretos?».

Él tragó saliva con fuerza, dejando atrás la espesura de su garganta, mientras le venía a la mente una visión que lo llenaba de lujuriosa expectación. «En efecto», dijo en un pesado

murmullo, mientras se llevaba una de las manos al pecho, donde su corazón había empezado a acelerarse. Inclino la cabeza junto a la de ella y bajo aún más la voz. «Hay algo... una fantasía secreta que nunca he querido compartir con nadie. Estoy desesperado por experimentarla contigo».

Ella deslizó los labios por la curva de su oreja. «Dímelo», susurró.

Su firme y tranquila orden hizo que una oleada de calor recorriera su piel y se hundiera dulcemente en su sangre. Era tan condenadamente perfecta.

Levantó la cabeza para mirarla a los ojos. «¿Recuerdas haber hablado de uno de los placeres particulares de Lady Anne?».

Los ojos de ella se oscurecieron y sus labios se entreabrieron con una rápida inspiración. Se dio cuenta de que sabía exactamente a qué se refería. «¿Estás diciendo que te gustaría atarme?»

El deseo se apoderó de él. «No exactamente.

El pulso en la base de su garganta se aceleró. «Quieres que te ate», murmuró ella con voz ronca.

«Estaría completamente a tu merced», replicó él, sintiendo la crudeza de su propia voz.

«¿Dónde?»

«Donde tú desees».

Una sonrisa se dibujó en sus hermosos labios y Leander supo que ella lo comprendía como nadie lo había hecho jamás. El deseo, el amor y la confianza le abrumaron, casi haciéndole caer de rodillas allí mismo.

«En la cama», pidió ella en voz baja. «Ahora.»

Epílogo

Finalmente, Leandro y Desdémona llegaron a Londres, donde organizaron una rápida boda a los pocos días de su llegada. Por supuesto, la noticia de su relación ya había sido el escándalo de la ciudad durante semanas (gracias a Isabelle), pero eso no impidió que continuaran llegando invitaciones.

Todo el mundo quería conocer a la extraña provinciana que había conquistado el corazón de uno de los rufianes más salvajes que Londres había conocido en décadas.

La noche anterior a la ceremonia, los amigos más íntimos de Leander insistieron en llevarle a uno de sus lugares favoritos para tomar copas y fumar puros. Pidieron su habitación habitual en el Pendragon y, por primera vez en muchos años, solicitaron que no se les molestara.

«¿Estás seguro de que no te están coaccionando, chantajeando o amenazando para que contraigas matrimonio?», preguntó el duque de Melbourne -sólo medio en broma- desde el lugar donde se encontraba, tenso, frente a la chimenea.

Leander se rió y le dedicó a su viejo amigo una amplia sonrisa por encima del borde de su copa de vino. «Embrujado, tal vez».

«Parece que nuestro juramento no significó nada», observó Melbourne secamente.

«Fue hace más de seis años», observó Lord Allerton encogiéndose de hombros. Él había sido el primero de los cuatro amigos en casarse. «Las cosas cambian».

El duque negó con la cabeza antes de que su expresión se transformara en una sonrisa mientras mostraba su infame hoyuelo. «Supongo que tendré que aprovechar al máximo el hecho de ser el último rufián infame que queda en Londres».

Allerton se rió. «Estoy seguro de que no será difícil. Con Vittori fuera de las calles, es probable que surjan muchas oportunidades nuevas».

El comentario devolvió la atención de Melbourne a Leander. «Piensa en todo lo que te perderás».

«No me perderé de nada», respondió Leander con una sonrisa socarrona mientras se recostaba en una de las lujosas sillas dispuestas alrededor de la mesa de juego. «He conseguido un tesoro inimaginable. Todo lo demás palidece en comparación».

El duque sólo pudo sacudir la cabeza con dramática consternación y, en parte, atónita diversión.

«Quizá todo lo que haga falta sea la mujer adecuada», observó el típicamente sardónico marqués de Granville. Al parecer, el optimismo de su nueva esposa se le estaba contagiando. Levantando una oscura ceja, sugirió crípticamente: «Puede que llegue tu día, Melbourne».

Leander, que conocía el secreto más protegido del duque, se mordió la lengua. Pero vio cómo las palabras de Granville encendían una luz de descarada rebeldía en los ojos de Melbourne, aunque el duque no hizo más que bufar con sorna antes de volver a beber su whisky.